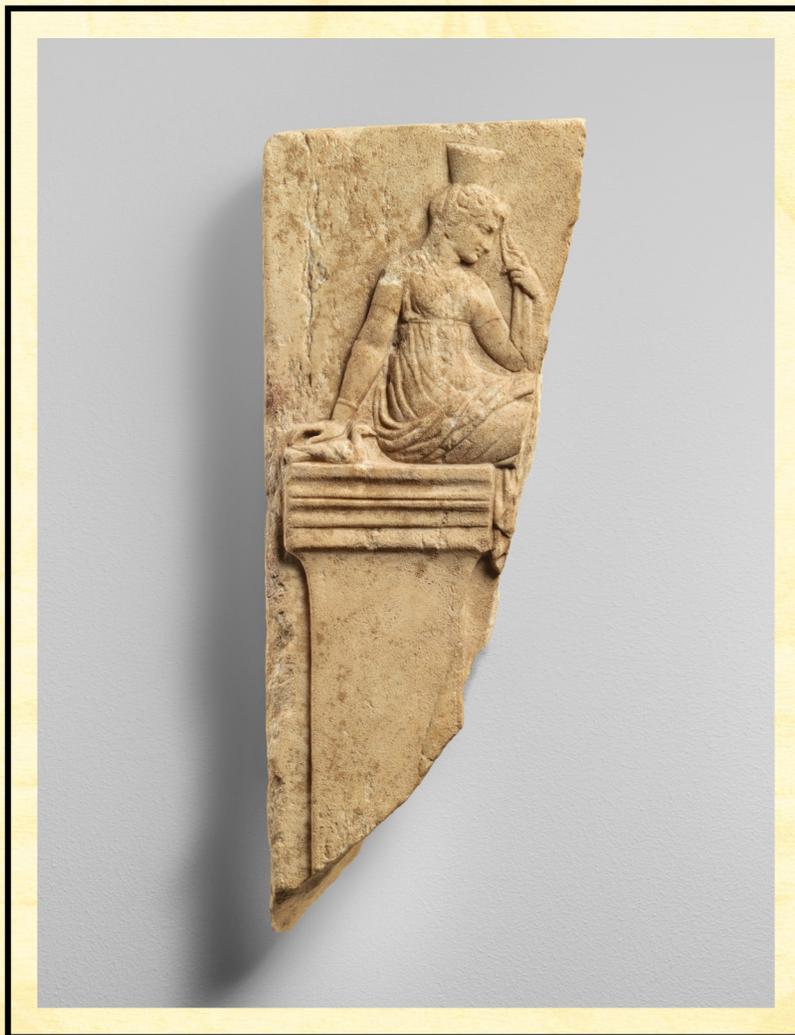
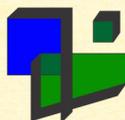


PRÉPON, EPÍDEIXIS, PÁTHOS Y TRÓPOS

Ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario
de la *Asociación Argentina de Retórica* (2010-2020)



Compilación y edición al cuidado de
María Cecilia Schamun



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE RETÓRICA

Prépon, épideixis, páthos y trópos: ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Argentina de Retórica, 2010-2020 / Graciela M. Chichi ... [et al.]; compilación de María Cecilia Schamun; editado por María Cecilia Schamun. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Asociación Argentina de Retórica-AAR, 2022.
Libro digital, PDF - (Biblioteca de retórica)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-26346-4-3

1. Retórica. 2. Filosofía Griega. 3. Análisis del Discurso. I. Chichi, Graciela M. II. Schamun, María Cecilia, comp.
CDD 808.5

Imagen de la tapa: fragmento de un relieve neo-ático de mármol (s. I a. C., cultura romana), en el que se ve a *Peithó*/Persuasión (The Metropolitan Museum of Art/The Met Fifth Avenue – Galería 158, Public Domain).

Colección Biblioteca de Retórica, dirigida por María Alejandra Vitale

Prépon, épideixis, páthos y trópos: ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario de la *Asociación Argentina de Retórica*, 2010-2020.
1º Edición, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, abril de 2022.

© 2022

Asociación Argentina de Retórica

José Mármol 168, 1º A, CP 1183, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Correo electrónico: aaretorica@gmail.com

Sitio web: <http://www.aaretorica.org/>

Diseño editorial: @maxlisjak

ISBN: 978-987-26346-4-3



Prépon, epídeixis, páthos y trópos

Ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario
de la *Asociación Argentina de Retórica* (2010-2020)



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE RETÓRICA

Comisión Directiva

Presidenta en uso de licencia

Griselda Fanese (Universidad Nacional del Comahue)

Vicepresidenta a cargo de la Presidencia

María Cecilia Schamun (Universidad Nacional de La Plata)

Secretaria

María Alejandra Vitale (Universidad de Buenos Aires)

Prosecretario

Martín Acebal (Universidad Nacional del Litoral, Universidad Nacional de Tres de Febrero)

Tesorera

Ana María Corrarello (Universidad de Buenos Aires)

Vocales Titulares

Carina Meynet (Universidad Nacional de Córdoba)

Lorena Ivars (Universidad Nacional de Cuyo)

Mariano Dagatti (Universidad Nacional de Quilmes, Universidad de Buenos Aires)

María Elisa Sala (Universidad Nacional de Tucumán)

Mariana Ventura (Universidad de Buenos Aires)

Vocales Suplentes

Hernán Biscayart (Universidad de Buenos Aires)

Nicolás Chiavarino (Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento)

Prépon, epídeixis, páthos y trópos

Ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario
de la *Asociación Argentina de Retórica* (2010-2020)

Compilación y edición al cuidado de
María Cecilia Schamun

Índice

Prólogo	6
La noción aristotélica de <i>prépon</i> según <i>Retórica III 7</i> Graciela M. Chichi	17
Discurso epidíctico y comunidad policial en el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires María Alejandra Vitale	33
La cultura del miedo. Perspectivas retóricas Silvia N. Barei	49
Tierras salvajes. Orden retórico y videojuegos bélicos E. Pablo Molina Ahumada	62
Sobre los autores	81

Prólogo

Este libro fue concebido y publicado con el propósito de conmemorar el décimo aniversario de la creación de la Asociación Argentina de Retórica (AAR). El 19 de marzo de 2010, durante la celebración del I Coloquio Nacional de Retórica “Retórica y Política” y las I Jornadas de Investigación en Estudios Retóricos, que se desarrollaron entre el 17 y el 19 de marzo de 2010 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, quedó constituida formalmente la AAR.¹

En el marco del auge de los Estudios Retóricos en las últimas décadas, la AAR fue fundada para dar respuesta a la necesidad cada vez más urgente de reunir y hacer visibles a los especialistas, grupos y proyectos de investigación en el área. El Estatuto de la AAR enuncia esta intención en sus primeros cuatro propósitos, que expresan su afán por contribuir al intercambio académico de los especialistas argentinos en las diversas ramas de la Retórica, entablar lazos académicos con la comunidad científica internacional, promover la construcción de nuevos conocimientos mediante el apoyo de las investigaciones en el ámbito de los Estudios Retóricos y difundir los nuevos saberes y los resultados de estas investigaciones en la comunidad académica nacional.² Para dar cumplimiento a estos objetivos, se inauguraron las reuniones científicas de la AAR que ininterrumpidamente se vienen coorganizando desde 2010 con distintas universidades del país y que permitieron hacer efectiva la existencia del imprescindible espacio de encuentro e interacción de los investigadores del país y del exterior y de quienes en general están interesados en el profuso campo de la Retórica y sus diversas ramas y relaciones interdisciplinarias. Merecen nuestro orgulloso recuerdo:

- el I Coloquio Nacional de Retórica: “Retórica y Política” y las I Jornadas Latinoamericanas de Investigación en Estudios Retóricos (Asociación Argentina de Retórica y Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, del 17 al 19 de marzo de 2010);
- el II Coloquio Nacional de Retórica: “Los códigos persuasivos: historia y presente” y el

1 El sitio web de la Asociación Argentina de Retórica es <http://www.aaretorica.org/>.

2 El Estatuto de la Asociación Argentina de Retórica está disponible en <http://www.aaretorica.org/pdf/estatutoAAR.pdf>.

I Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina (Asociación Argentina de Retórica y Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, del 21 al 23 de marzo de 2013);

- el III Coloquio Nacional de Retórica: “La cultura y sus retóricas” y el II Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina (Asociación Argentina de Retórica y Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, Argentina, del 22 al 26 de junio de 2015);

- el IV Coloquio Nacional de Retórica: “Retórica y manifestaciones de la violencia” y el III Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina (Asociación Argentina de Retórica y Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina, del 4 al 8 de septiembre de 2017); y

- el V Coloquio Nacional de Retórica: “Retórica y lenguajes” y el IV Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina (Asociación Argentina de Retórica y Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, del 6 al 8 de noviembre de 2019).

La consecuente publicación en Actas y/o en volúmenes colectivos de las conferencias y ponencias presentadas por los investigadores participantes de los encuentros científicos, reunidas en torno de los temas convocantes sugeridos –aunque no excluyentes–, ha permitido consolidar un valioso patrimonio bibliográfico disponible en el sitio web de la Asociación,³ que pretende no solo divulgar los saberes sobre el campo de la Retórica, sino también contribuir a optimizar la cultura política argentina y consolidar el compromiso de la ciudadanía con los valores democráticos, según la responsabilidad asumida por la AAR en su Estatuto. Por otra parte, las publicaciones de la Asociación exhiben el entramado que une las investigaciones en torno de la Retórica emprendidas desde los estudios de la Antigüedad grecorromana con las desarrolladas desde disciplinas como la Teoría Literaria, la Filosofía, la Pragmática, la Lingüística Textual, el Análisis del Discurso, la Semiótica, entre otras perspectivas teóricas que favorecen el afianzamiento de los Estudios Retóricos en Argentina. En este sentido, la Asociación Argentina de Retórica también expresa en su Estatuto el compromiso de fomentar un vínculo activo entre la Retórica grecorromana y las actuales perspectivas de estudio del lenguaje en uso.

Un párrafo aparte merece *Rétor*, la revista digital de la Asociación Argentina de Retórica, dirigida por la Dra. María Alejandra Vitale. Desde el año 2011 y con periodicidad bianual (junio y

3 Las publicaciones de la AAR pueden encontrarse en <http://www.aaretorica.org/publicaciones.html>.

diciembre), *Rétor* es el órgano de difusión científica de la Asociación y celebra sus diez años de ediciones continuas en 2021.⁴

Todos estos logros no habrían sido posibles sin el trabajo conjunto de quienes nos ocupamos de la Retórica en cualquiera de sus innumerables manifestaciones. Por eso, el presente volumen procura rendir homenaje y expresar su agradecimiento a quienes participaron en la promoción de la fundación de la Asociación, a quienes fueron sus autoridades a lo largo de las tres gestiones pasadas y, especialmente, a quienes se identifican con sus intereses y objetivos en calidad de socios honorarios, activos y adherentes.

Además, este libro también aspira a ser un documento de promoción del estado actual de los Estudios Retóricos en Argentina, que se suma al creciente patrimonio bibliográfico de la Asociación. Por ello se invitó a las Presidentas honorarias de la Asociación y a Presidentes/as y Vicepresidentes/as de Comisiones Directivas de gestiones anteriores a la actual a colaborar con la iniciativa por medio de artículos de temática libre que dieran cuenta de sus últimas investigaciones en el campo. No cabe la menor duda de que sin su participación esta edición digital de homenaje no habría sido posible, por lo que queremos agradecer profundamente a la Dra. Silvia Barei (Universidad Nacional de Córdoba, Presidenta de honor de la Asociación desde su creación), a la Dra. Graciela M. Chichi (Universidad Nacional de La Plata y CONICET, Vicepresidenta de la Asociación durante los períodos 2010-2013 y 2013-2016), al Dr. Pablo Molina Ahumada (Universidad Nacional de Córdoba, Vicepresidente de la Asociación durante el período 2016-2017, y su Presidente durante los años 2018 y 2019) y a la Dra. María Alejandra Vitale (Universidad de Buenos Aires, Presidenta de la Asociación durante los períodos 2010-2013 y 2013-2016) sus valiosas contribuciones y su generosa disposición para acompañarnos en este proyecto editorial. Lamentablemente, la Dra. María Cristina Salatino de Zubiría (Universidad Nacional de Cuyo, Presidenta de la Asociación durante 2016 y 2017) y la Dra. Nora Múgica (Universidad Nacional de Rosario, Presidenta de honor de la Asociación desde su constitución) no pudieron unirse a la propuesta. Queremos manifestarles también nuestro agradecimiento por sus palabras de estímulo para alentarnos a llevar adelante este trabajo.

Nos enorgullece que este libro forme parte de la “Colección Biblioteca de Retórica” de la edito-

4 El sitio web de *Rétor* es <http://www.revistaretor.org/>.

rial de la Asociación Argentina de Retórica, dirigida por la Dra. María Alejandra Vitale. Se trata de la satisfacción de ver plasmada otra de las aspiraciones de la Asociación Argentina de Retórica: la fundación de su Editorial en 2017.

Los cuatro ensayos de la presente compilación son el resultado de investigaciones recientes y novedosas de especialistas distinguidos en el área, que muestran la variedad de perspectivas desde las que pueden abordarse los Estudios Retóricos.

Las nociones de *prépon*, *epídeixis*, *páthos* y *trópos* presentadas en el título del libro aluden al enfoque cronotémico de organización de las colaboraciones y provienen de la *Retórica* aristotélica –de ahí su transliteración del griego–. De este modo y aun cuando solo un ensayo de este libro se enmarque en esta área específica de estudio y dos trabajos no abreven directa y explícitamente en sus fuentes, nos proponemos hacer visible la vasta tradición sobre la que se fundan los actuales estudios de Retórica. Los aportes de la Retórica clásica constituyen a la Retórica como disciplina o, en palabras de Antonio López Eire, en la Retórica clásica “contemplamos los fundamentos del edificio retórico en general como en ninguna otra especie de Retórica”.⁵ Del mismo modo se había referido ya Tomás Albaladejo a la *rethorica recepta* como base de la Retórica moderna, pues el sistema retórico es un sistema histórico recibido de la etapa más consolidada de su desarrollo, representada por el sistema retórico latino de origen griego.⁶

Los ensayos aquí reunidos dan cuenta también de que la Retórica resulta un campo autónomo del saber que deviene interdisciplinario y que otros ámbitos del conocimiento como el Análisis del Discurso y la Semiótica –por nombrar dos de las disciplinas más relevantes que configuran los estudios de este libro– se nutren de la tradición retórica.

El libro invita a reflexionar sobre las condiciones que determinan la expresión adecuada, sobre la función ideológica del discurso epidíctico, sobre el miedo como emoción colectiva sustentada en el orden retórico instaurado por las formas de lenguaje figurado de los discursos sociales y sobre la función trópica en la configuración de modelizaciones de la guerra que sustentan el orden retórico bélico dominante.

En **La noción aristotélica de *prépon* según *Retórica* III 7**, Graciela M. Chichi presenta un

5 Cf. López Eire, A. (1999). Lectura moderna de la Retórica Clásica. *Castilla: Estudios de literatura*, 24, 103-128.

6 Cf. Albaladejo, T. (1989). *Retórica*. Madrid: Síntesis, p. 29.

estudio pormenorizado de las condiciones que debe cumplir la expresión (*lêxis*) para ser adecuada (*tò prépon*) para el discurso convincente, a la luz de las enseñanzas aristotélicas. Este trabajo se inscribe en la línea de investigación que lleva adelante la autora desde hace décadas y que se centra en la indagación del corpus aristotélico, en particular de los tratados vinculados con temas de Retórica. En esta oportunidad, Chichi efectúa un cuidado y riguroso análisis filológico de las fuentes griegas, especialmente de *Retórica* III 2, 1404b4 y 7, 1408a10-36 y 1408b1-20, de las que ofrece su propia traducción e interpretación, cotejando ediciones distinguidas de *Retórica* como las de Rudolf Kassel (1976) y Christof Rapp (2002), y el *Index Aristotelicus* de Hermann Bonitz.

La autora señala dos sentidos para “adecuado”: el primero se presenta en *Retórica* III 2, 1404b4, donde se afirma que lo adecuado es marca definitoria de la virtud de la claridad (*saphê*) en el discurso y, según explica Chichi, se refiere a la expresión de algo intermedio entre dos extremos rechazables: “la expresión clara no es adornada pero tampoco banal, ni muy precisa en sus detalles pero tampoco sintética” (p. 19). La autora alude al estudio de Richard C. Huseman que identifica el papel de la doctrina ética del medio en la reflexión aristotélica del estilo. El segundo sentido –destaca Chichi– es el de “correspondencia”, señalado por W. J. Verdenius entre los rasgos que caracterizan uno de los principios de la crítica literaria, y se advierte en *Retórica* III 7, 1408a10-36, donde se alude a las tres condiciones para una expresión adecuada, a saber, que el modo de hablar del orador guarde relación con el *asunto referido* en el discurso, que reproduzca el modo de hablar de quien experimenta la *emoción* positiva o negativa –porque “cierta coloratura moral” distingue el asunto del discurso (p. 21)– y que dé cuenta del *carácter*. La autora desarrolla cada una de estas tres referencias y advierte que la emoción expresada y el carácter representado tendrían cierto efecto e impacto dudoso entre los oyentes por lo que Aristóteles habla del paralogismo de los oyentes (1408a20-27 y 1408a30-36). Junto con Quintín Racionero, Chichi especifica que este error se ha entendido como paralogismo de la consecuencia, que surge de inferir no solo los hechos a partir de la expresión de las pasiones, sino también un modo de vida (un hecho) a partir de “un modo de decir o de presentarse la condición de una persona” (p. 24). Lleva más allá la cuestión comparando el discurso del orador y el del poeta, valiéndose de *Poética* de Aristóteles y de los aportes sobre lingüística y estilística en Aristóteles de Guido Morpurgo-Tagliabue.

La autora considera que el modo adecuado de hablar es resultado de la etapa o nivel posterior

que sigue a una reflexión que se plantea cómo decir eficazmente el discurso para que este despierte convicción entre los oyentes. Confirma que “aquello que se tenga para decir siempre comprometería y no dejaría de incluir como genuinos contenidos cierta representación de determinada emoción y cierta representación intersubjetiva o por todos admitida, convencionalmente, de determinado carácter a expresar, involucrados ambos con el hecho en cuestión” (p. 28). Por este motivo y en línea con el pensamiento de Stephen Halliwell, desestima que el tema planteado en *Retórica* III 7 pueda dirimirse oponiendo forma y contenido o estilo y sentido.

El ensayo concluye con una reseña de los antecedentes de *prépon*, en especial con la sugerencia de la cercanía con el antiguo planteo pitagórico de la *mímesis* como expresión y representación de las emociones y de los caracteres –también mencionado por Hermann von Koller–, atestiguado en pasajes platónicos del *Ión*, *Leyes* y *República*.

En **Discurso epidíctico y comunidad policial en el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires**, María Alejandra Vitale realiza un análisis minucioso y preciso de las funciones ideológicas de cuatro discursos epidícticos del número aniversario de la revista *Buenos Aires policial* “La reorganización definitiva (1880-1980)” (Año 3, No. 8), publicado en 1980. La revista pertenece al acervo documental del archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), específicamente a lo que fue su Mesa Doctrina. La autora considera el discurso de despedida del Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, general Ovidio P. Ricchieri, el discurso de asunción del nuevo Jefe, general Oscar E. Guerrero, el mensaje de Ricchieri con motivo del Día de la Policía Bonaerense y de la Navidad, y las palabras que el comisario general Bruno Trevisán pronunció en el día de los Fieles Difuntos en homenaje a los muertos de la Policía.

Esta propuesta se suma a las investigaciones que Vitale viene desarrollando en los últimos años, subsidiada por la Universidad de Buenos Aires, en el marco de sus estudios retórico-discursivos de los archivos de la represión, emprendidos desde la perspectiva francófona de Análisis del Discurso.

Antes del análisis retórico-discursivo, la autora presenta una elaborada síntesis integradora de las diversas perspectivas de caracterización y estudio del discurso epidíctico, que revisa los pensamientos de Aristóteles, Quintiliano, Cicerón, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, Roland Barthes, Laurent Pernot, Emmanuelle Danblon, Barbara Cassin y Michel Meyer. En particular se

centra en la discusión acerca de la dimensión argumentativa del discurso epidíctico, que defiende en línea con los planteos de Quintiliano y Perelman & Olbrechts-Tyteca. Asimismo se refiere a la función del discurso epidíctico como “rito social” que fomenta el consenso y sustenta los valores colectivos como sostén de la ideología dominante a partir de las reflexiones de Perelman & Olbrechts-Tyteca y de los estudios de Pernot. También se interesa por la dimensión exhortativa de la modalidad de oración fúnebre del género epidíctico en el análisis del corpus, que exhibe un modelo de virtud que este tipo de discurso anima a imitar.

Por medio del análisis de tópicos como “la defensa del mundo libre”, “la guerra”, “el exceso”, “el dar la vida por el deber” y “la defensa de la sociedad ante el ataque”, a través del argumento por el ejemplo tomado de la historia y de las metáforas de la “familia” y del “martirio” –analogía que entabla una interdiscursividad con el “mito de la nación católica”–, Vitale concluye que el discurso epidíctico en *Buenos Aires policial* colabora “en la construcción y unificación de una comunidad mediante el otorgamiento de una identidad valiosa”, permite “llevar a cabo una acción histórica”, deslegitima al “enemigo terrorista” y oculta “la ilegalidad de las prácticas y los delitos de lesa humanidad” (p. 45).

En **La cultura del miedo. Perspectivas retóricas**, Silvia N. Barei ofrece sus certeras reflexiones sobre un tema complejo y sensible: el miedo como construcción cultural y como estrategia de los poderes, que se asienta sobre una matriz retórica. Se detiene específicamente en el miedo en tiempos de pandemia y confinamiento, preocupación que se alinea con su interés en lo que ha denominado “la pregunta por lo humano”. Su propuesta forma parte de la teoría que desarrolló en diferentes publicaciones junto con el Grupo de Estudios de Retórica (GER) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), que ha trabajado de manera dominante desde el año 2000 con la perspectiva de la Semiótica de la Cultura, tal como ha sido expuesta por Iuri Lotman y la Escuela de Tartu. En este sentido, la autora considera que no solo los textos y sus diferentes tipologías pueden estudiarse desde un punto de vista retórico, sino también “toda la cultura abordada de un modo complejo puede ser comprendida retóricamente” (p. 51). Sostiene, entonces, que el orden de la cultura es “un orden retórico” –concepto que ha inaugurado– y entiende que todos sus textos están constituidos por “una matriz trópica profunda”. El estudio de la metáfora, no como rasgo de estilo sino como construcción cognitiva e ideológica, como base de todos los lenguajes –desde los

naturales a los textos creativos– le permite hablar de “orden metafórico” para explicar los lazos complejos entre los textos culturales. Así Barei establece que “analizar la cultura en una perspectiva retórica implica pensar no en un solo modelo de comunicación y de modelización para cada tipo de discurso sino entender que la multiplicidad de codificaciones retóricas ocurren compleja, simultánea, integralmente y operan en diferentes niveles de intersección” (p. 52).

Sobre la base de este marco teórico la autora se refiere al miedo como una emoción individual que puede convertirse en “emoción social, colectiva”, visible a través de informaciones e imágenes “retorizadas” de modo particular. Por ello afirma que “una conceptualización retórica del miedo debe entenderse como un sistema de relaciones y de modelizaciones dentro del sistema más vasto que constituye una semiosfera, un espacio socio-semiótico. Dentro de ese espacio los hechos concretos y también las emociones pueden impulsar cambios históricos y culturales dado el momento complejo en que algo o alguien deviene imagen del miedo” (p. 54). Barei ejemplifica estas nociones especialmente con fragmentos extraídos de diarios argentinos como *La Nación*, *Página 12* y *La Voz del Interior*. En primer lugar, presenta una selección de citas “retorizadas” a propósito de sucesos que tuvieron lugar entre 2018 y 2019, relacionados con situaciones de inseguridad, de discriminación y las elecciones presidenciales de 2019, entre otros acontecimientos. Luego fija su atención en los eventos del año 2020 y advierte que la información de los diarios mencionados exhibe un orden retórico en el que sobresalen los campos de la salud y la economía, centrados en distintas figuras –metonimias, personificaciones, epítetos, hipérboles, comparaciones, anáforas, entre otras, pero principalmente en metáforas– para expresar las condiciones actuales del mundo y los caminos a seguir. Además de los órdenes sanitario y económico, la autora propone la observación integral del funcionamiento de otros órdenes retóricos clave como el político, el social, el estético y el orden de lo personal y lo íntimo, que “dan cuenta de formas de lo real, prácticas, imaginarios, afectividades e ideologías justo en el momento en que una cultura se está transformando” (p. 59), modificando también sus retóricas.

Barei finaliza su ensayo explicando que la sensación colectiva de miedo, incertidumbre, desánimo, desconfianza en época de pandemia o sindemia se sustenta en el orden retórico instaurado por las formas de lenguaje figurado de los discursos sociales. Pero como hay razones ideológicas que condicionan las acciones humanas, nos invita a seguir pensando más allá de los límites de

su escrito de qué manera forjar un universo retórico “cuya potencialidad ética y creativa nos lleve a interrogarnos sobre la posibilidad de un lenguaje donde las emociones, las propuestas a futuro, las argumentaciones positivas sean referente para todos los que integramos la *pólis* democrática” (pp. 59-60).

En **Tierras salvajes. Orden retórico y videojuegos bélicos**, Ernesto Pablo Molina Ahumada muestra con detalle y agudeza las relaciones entre algunos tropos estructurantes de videojuegos bélicos de disparo en primera persona con ciertas formas de organización retórica de la cultura reconocibles en la actualidad. Su estudio parte de los conceptos de texto, semiosfera, modelo de mundo, tropo (tropo semántico, oscilación semántica, tropo fosilizado) y retorismo de la concepción semiótico-cultural desarrollada por Iuri Lotman, según la cual los textos “modelizan” la realidad conforme a las particularidades de legibilidad y verosimilitud de cada época y a las perspectivas retóricas y semióticas del sistema codificante desde el que son configurados, se trate del arte, la ciencia, la teoría militar u otro sistema. Asimismo su análisis se sustenta en el abordaje de textos a partir de la Retórica de la Cultura de acuerdo con las investigaciones desarrolladas por Silvia Barei y su Grupo de Estudios de Retórica (GER) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) –del que Molina Ahumada formó parte–, en *Pensar la Cultura I* (2008) y en *Colecciones Cuestiones Retóricas* (Vols. I-VII, 2008-2012). En particular se detiene en la noción de “orden retórico de la cultura” planteada por Silvia Barei, en tanto “mecanismo de organización y reproducción informativa, que regula la aparición de textos ‘análogos’ en cuanto a la información cultural que transmiten” (p. 63), para sostener un orden cultural. Esta conexión entre textos y cultura se manifiesta a través de los tropos retóricos, que permiten entonces “caracterizar al sistema cultural y prever recurrencias de sentido susceptibles de aparecer en los textos que circulan por ese sistema” (p. 65).

El autor señala que la declaración de guerra al terrorismo por parte de EE. UU. desde el año 2001 marca un punto de inflexión en la configuración de un orden retórico acerca de la guerra radicalmente distinto de concepciones anteriores. Sobre la base de las investigaciones de Luke Caldwell, Tim Lenoir, Roger Bartra y Sergio González Rodríguez, Molina Ahumada explica esta nueva comprensión de la guerra, postulada por la doctrina militar propuesta por la Junta de las Fuerzas Armadas de EE. UU. en su documento *Joint Vision 2020*, que promueve “una serie de cambios profundos en la estructura y lógica militar estadounidense que se tradujo muy pronto en un contex-

to discursivo militar dominante, llamado ‘Revolución en los Asuntos Militares’ (RMA)’ (p. 66).

En este sentido y considerando los trabajos de Nick Dyer-Witheford y Greig de Peuter, Pat Harrigan y Matthew G. Kirschenbaum, Jesper Juul, Janet Murray, Justo Navarro, Ian Bogost, Norbert Elías y Eric Dunning, entre otros, el apartado “Videojuegos y persuasión” del ensayo se detiene en una revisión de las relaciones entre el complejo militar-industrial y la red mediática y de entretenimiento en EE. UU., y de las características de los videojuegos, en particular aquellas asociadas al “enorme potencial de estos textos culturales para convertirse en territorios altamente persuasivos a la hora de hacer extensivas ciertas lógicas de modelización, más allá de las fronteras de ese mundo generado por procedimientos y código informático” (p. 69).

A partir de la saga *Call of Duty: Modern Warfare* (2007; 2009; 2011) y *Tom Clancy’s Ghost Recon Wildlands* (2017), ejemplos de franquicias comerciales de amplio margen de venta y consumo, el autor analiza el papel de tropos como las metáforas de “la tierra salvaje” y “el coto de caza”, la metonimia del “arma” y el oxímoron del “combatiente que no combate” en la configuración de modelizaciones de la guerra como una situación deseable, natural y entretenida, intentando demostrar cómo esos videojuegos, en sintonía con otros textos culturales y con un orden retórico emanado del discurso militar estadounidense, naturalizan una nueva concepción de guerra que prolonga y nutre ese orden retórico bélico dominante.

La investigación conduce a mostrar de qué manera ciertos videojuegos comerciales, como es el caso de los juegos del corpus propuesto, resultan eficientes para sostener esa política de guerra contra el terrorismo como una lógica permanente y necesaria en el marco de narrativas políticas bipolares que administran las emociones del miedo y el odio hacia la otredad. Molina Ahumada concluye su estudio manifestando su preocupación –que hacemos nuestra– por “una guerra convertida en único horizonte posible de lo humano”: “¿Podremos abandonar la iteración de guerra, muerte y más guerra que, como en un nivel de videojuego, ha venido a entramparnos en estas tierras salvajes?” (pp. 77-78).

Hasta aquí el recorrido sucinto por los ensayos que hacen posible la publicación de este volumen.

Esperamos que *Prépon, epideixis, páthos y trópos. Ensayos sobre Retórica en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Argentina de Retórica (2010-2020)* incentive el debate en

torno de los temas propuestos y favorezca la divulgación de este amplio, variado y fecundo campo de estudio que comprende la Retórica y sus diversas ramas, que contribuye a discernir los conflictos sociales y políticos que siempre atraviesan las sociedades y a darles respuestas.

Asimismo deseamos que la Asociación Argentina de Retórica, que se encuentra coorganizando con la Organización Iberoamericana de Retórica (OIR) y el Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires su VI Coloquio Nacional de Retórica “Las tramas retóricas de las memorias”, su V Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina y el III Encuentro Iberoamericano de Retórica de la OIR, programados para noviembre de 2021, continúe creciendo como comunidad académica y profundizando su compromiso social, político y cultural a través de sus publicaciones y actividades.

María Cecilia Schamun

Vicepresidenta de la AAR a cargo de la Presidencia

Universidad Nacional de La Plata

La noción aristotélica de *prépon* según *Retórica III 7*¹

Graciela M. Chichi

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
Argentina

“El modo de decir logrará lo adecuado [*tò de prépon*] siempre que sea no solo emotivo sino que también [dé signos] del carácter y guarde proporción con los asuntos que fundan [el discurso]” (*Retórica III 7*, 1408a10-11).² Así Aristóteles introduce una cuestión sobre el modo de decir (*léxis*) que estaba pendiente analizar desde el comienzo del tercer libro, cuando se dice que lo *adecuado* es marca definitoria de la virtud de la claridad (*saphê*) en el discurso (*Retórica III 2*, 1404b4). En el séptimo capítulo entran en juego modos adecuados de decir en puntual atención a tres referencias, dos de las cuales tendrían cierto efecto e impacto dudoso entre los oyentes por lo cual Aristóteles habla del paralogismo de los oyentes (1408a20-27 y 1408a30-36), lo cual será menester explicar. Defiendo que el modo *adecuado* de decir pertenece a una reflexión de segundo nivel, aquella que se plantea cómo decir eficazmente el discurso para que este despierte convicción entre los oyentes; sería resultado de haber recogido, no solo mediante palabras sino en virtud de la capacidad expresiva del propio lenguaje del orador y gracias a ella, tres famosas referencias que en *Retórica I 2* Aristóteles llamó persuasiones conforme al arte. En materia de antecedentes sugiero la cercanía con el antiguo planteo pitagórico de la *mimesis* como expresión y representación de las emociones y de los caracteres, atestiguado en pasajes platónicos del *Ión*, de *Leyes* y de *República*.

1 Una primera versión sobre el tema se tituló “El modo adecuado de decir y la relevancia estilística (Aristóteles, *Retórica III 7*)”, *Actas VI Jornadas de Investigación en Filosofía para Profesores, Graduados y Alumnos 2006*, T. 1, 55-64, Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

2 Las traducciones del griego me pertenecen.

La antesala de la cuestión

Entre los rasgos que caracterizan uno de los principios de la crítica literaria, W. J. Verdenius (1983, p. 53) identifica la correspondencia –“correspondence”, en inglés– entre el tema de la literatura y su representación artística, advirtiéndose además que en la literatura arcaica no habría habido una distinción neta entre la belleza formal de un discurso y la solidez de sus contenidos. La habilidad de un orador y de un rapsoda se mostraba por entonces en la forma y en el contenido a la vez (1953, p. 25). Mientras tanto, en el siglo V un nuevo vocablo, *prépo*, vino a denotar la correspondencia artística. Píndaro, por ejemplo, califica con él la intención artística manifiesta en la combinación de la música y el orden de las palabras. Entre los testimonios más antiguos de este principio en retórica se cuenta el aristotélico (Verdenius, 1983, nota 184). Como veremos, se trata de la factura de cierto modo de hablar que ejecuta las capacidades expresivas del lenguaje, junto al hecho de tener efecto en los oyentes. Sobre la recepción añado las referencias más importantes, a saber, la versión latina a partir de Horacio y entre los griegos, con Panesio de Rodas en particular, alcanzó la profundidad estética y ética posteriormente reconocida (Kroll, 1940, p. 1939, columna 1085.1-5). No hay que olvidar que el escrito del pseudo-Longino, de influencia platónica, es una transfiguración del capítulo aristotélico (Morpurgo-Tagliabue, 1967, p. 213).

La cuestión que nos ocupa pertenece entonces al capítulo de la *léxis*. Aparece primero en el tratamiento de la claridad (*saphê*) (Kroll, 1939, columna 1072.68). La variante lexical *prepoûsa*³ define como sigue la expresión clara:

(...) Signo de esto es que si el discurso no muestra algo no cumple su función; [por eso la expresión] no [debe ser] vulgar pero tampoco excederse de lo exigido sino adecuada [*prepoûsa*]; la poética no es vulgar pero tampoco adecuada al discurso. (*Ret.* III 2, 1404b4)

El discurso es claro cuando el *lógos* muestra o señala algo (*deloî*, 1404b3). Lo claro se cumple con la función denotativa y declarativa del lenguaje (Halliwell, 1993, p. 52) o en su defecto con el nivel más modesto del significar algo identificable para hablante y oyente, que Aristóteles otra vez anunciaba con el *prosemáinein* (véanse *De Interpretatione* 4 y *Metafísica* IV, 1062a12-16, entre otros),

3 La voz *prepoûsa* viene del verbo *prépo*, cuya primera acepción es “destacarse, distinguirse por su apariencia” y derivados; en la segunda significa “tener cierta relación o convenir, ser apropiado con”, aún en formas de participio atestiguadas en Platón (Bailly, 1950, p. 1619). En *Retórica* III 7 aparece el participio neutro singular en la segunda acepción.

en oposición a significados menos usuales y a efectos perlocucionarios (Rapp –Flashar, Ed., 2002, pp. 829-830). El pasaje citado del tercer libro de *Retórica* admite que el modo claro de hablar (1404b31) recorta una zona intermedia una vez descartadas las voces vulgares pero también las adornadas y las extrañas, propias de la expresión poética (1404b7-15). El modo poético de hablar prefiere lo grande a lo que aquí se dice adecuado (b31). Los discursos sencillos se valen, en cambio, de lo específico, de lo familiar (*oikeía*) y de las metáforas empleadas por todos (1414b31-33). El uso común de hablar contiene, entonces, la reserva de expresiones adecuadas. Acaso los sentidos mostrados por el discurso claro tengan referencia a hechos o a estados de cosas (*prágmata*), sobre los que atiende la prueba de la oratoria tribunalicia (I 1, 1354a28).⁴ El tercer libro lo ratifica cuando Aristóteles dice que no se busca disgustar ni regocijar sino lo justo, que consiste en debatir sobre *prágmata*, dado que cualquier otra cosa fuera de demostrarlos es superfluo. No obstante, las cuestiones accesorias tienen gran poder debido a la penosa condición del auditorio que solo logra reparar en ellas (III 1, 1404a4-8). Además, mientras que lo relativo a la expresión tiene un papel menor en cualquier enseñanza, para mostrar algo incide que se hable de un modo o de otro, y justamente es una cuestión relativa a los oyentes que las cosas se manifiesten de diferente manera (1404a9-12). En base a consideraciones sobre el destinatario del discurso se introduce la reflexión sobre la *léxis*, concepto este que fue interpretado bajo la noción tardía de estilo (Racionero, 1990) o de mera forma de la expresión (Halliwell, 1993). Casi al final de su tratamiento de la *léxis* Aristóteles insiste en el hecho de que el modo *claro* de decir “no es vulgar sino adecuado” (III 12, 1414b24-25), esta vez cuando se deja de lado lo conciso pero también el hablar demasiado, tal como se aconseja en los discursos políticos en los cuales las exactitudes son superfluas (1414a8-11). La claridad es ciertamente virtud consistente en adecuarse al medio (1414a15).⁵ Hasta aquí lo claro como adecuación al medio consiste en expresar algo medio entre dos extremos igualmente rechazables: la expresión clara no es adornada pero tampoco banal, ni muy precisa en sus detalles pero tampoco sintética. Contamos pues con dos sentidos de adecuado –en alemán “angemessen”–, a saber, uno en relación

4 Por su lado, Halliwell identifica a esa altura la verdad como correspondencia con el asunto (1993, p. 52).

5 El estudio de Huseman (1970, p. 118 en adelante) identifica el papel de la doctrina ética del medio en la reflexión aristotélica del estilo. Un pasaje en este sentido de medio en referencia al carácter de la edad madura muestra el uso de *prépon* equiparable a *harmóton* (“ajustado”) y *symmetron* (“proporcionado”) en *Retórica* II 14, 1390b1, b8. Vale añadir que la filiación aristotélica de las cuatro virtudes ciceronianas (corrección, claridad, adorno y conveniencia, *De oratore* III 37) ha sido afirmada por Cope y Sandys (1877), pero hoy día se discute (Rapp –Flashar, Ed., 2002, Vol. II, pp. 821-822).

a un medio, como acabamos de repasar, y el segundo, tal como lo tradujo Verdenius, como correspondencia –“Entsprechung” en alemán–, que es tema de *Retórica* III 7 (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, pp. 824-825), del que nos ocuparemos a continuación.

Las especies del modo adecuado de decir

El modo de decir logrará lo adecuado siempre que [aquel] no solo sea emotivo sino también [dé signos] del carácter y guarde proporción con los asuntos referidos [en el discurso]. (*Ret.* III 7, 1408a10-11)

Seguido a la cita Aristóteles ilustra esa tercera referencia, que se dice en griego *análogon* y traduje como “guarde proporción”, con la idea de modo proporcionado, con ejemplos negativos:

(...) cuando no se hable groseramente de cosas profundas, ni solemnemente de cosas vulgares, ni se hubiese puesto adorno en un nombre vulgar, porque, si no, parece comedia como hace Cleofonte, quien decía algo de eso como si dijera “venerable higuera”. (1408a11-16)

Los ejemplos admiten indirectamente entonces que el modo adecuado proporcionado consiste precisamente en guardar cierta relación con la materia de la que hablamos (1408a10-11). Lo adecuado o apropiado –en inglés, “appropriate”– consiste en vincular el modo de expresarnos y las voces que usamos para hablar acerca del asunto, que tomo por el segundo relato. Y mientras que la presentación general de nuestra primera cita habla de hechos referidos (*tois hypokeiménois prágmasin*, 1408a10-11),⁶ los ejemplos de la segunda cita admiten que ese segundo relato tiene una polaridad, por así decir: lo profundo o solemne, lo vulgar o nimio. Esta idea había aparecido cuando Aristóteles habló de los epítetos y de las metáforas, recursos estos que son adecuados en tanto derivan también de lo proporcionado (*ek tou analógou*). La idea era que los contrarios son más notorios cuando aparecen enfrentados (III 2, 1405a10-13). Volviendo a nuestro texto entonces, se trata de que el modo de hablar guarde relación con el asunto como es hablar seriamente de lo importante, y sencillamente de cosas nimias o vulgares.⁷ “Aristóteles recomienda no adosar un epíteto ornamental (áulico por tradición) a una palabra modesta. Habrá cierta incompatibilidad entre un atributo grandilocuente y un sujeto humilde. El ejemplo es ‘soberano árbol de higo’. Un par semejante

6 En alemán: “dem zugrunde liegenden Gegenstand entsprechend” (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, p. 861).

7 Ricoeur (1996, p. 56) señalaba que la proporción como conveniencia con su tema marca diferencias entre la prosa y la poesía.

produce efecto cómico. Pero no olvidamos que el atributo que resulta decorativo y grandilocuente, esto es, el epíteto, no es una palabra común usada en un modo gramaticalmente no común; propiamente produce un efecto desconcertante cuando está asociada a una palabra de uso corriente. Añadimos que el ejemplo aristotélico que quiere ser un ejemplo típico no podría haber sido peor elegido: confirma cómo Aristóteles habría perdido completamente el sentido mítico, sacral, de la poesía griega. Semejante asociación no tiene para nosotros nada de cómico: la planta de higo había sido el regalo verdaderamente real, soberano, de Deméter al héroe Pitalo que la había hospedado en la búsqueda de Perséfone. El testimonio de Pausanias lo recuerda (I, 37, 2)” (Morpurgo-Tagliabue, 1967, nota 13, pp. 172-173).⁸

El modo *emotivo* de hablar plantea por su parte cierta expresividad en atención a los hechos o materias de las que se habla. Así recomienda:

cuando haya ultraje [*hybris*], que la expresión sea propia del que se encoleriza; si hay cuestiones impías y vergonzosas, hablar como el indignado y precavido; mientras que si [hay cuestiones] elogiables, hablar con admiración, y si despierta compasión, decirlo turbadamente, y así en casos semejantes. (*Ret.* III 7, 1408a16-19)

Aristóteles tiene presente en tales casos situaciones que lindan con el vicio o con la virtud humanos: ultraje, impiedad, cuestiones dignas de elogio y de lástima. De aquí entonces que cierta coloratura moral identifique el asunto del discurso, en atención a lo cual recomienda –con imperativos en algunos casos– que el orador reproduzca el modo de hablar de quien experimenta la emoción (positiva o negativa), y otra vez, a mi entender, ello se mantiene en línea con el asunto en cuestión. No se le escapa, además, describir la recepción de la expresión emotiva. Así se dice:

La expresión familiar hace verosímil el asunto; pero el alma se equivoca pues [al pensar] que [es la expresión] del que habla con verdad, que en tales casos suceden así como creen [ellos los oyentes], pero si no sucede como dice el que habla, que las cosas ocurren así, también el oyente acompaña con la misma emoción siempre al que habla emotivamente, aunque no diga nada [verdadero]. Por eso muchos que hacen ruido causan estupor entre los oyentes. (*Ret.* 1408a20-27)

Quien escucha siempre considera verosímil el asunto, independientemente de cómo sea en verdad, porque el orador recurre a prototipos, también lingüísticos, que reflejan determinadas emociones, que los oyentes por su parte experimentan asociadas con determinados hechos. Por eso es suficien-

8 La traducción del italiano es mía.

te provocar ruido para impactarlos. Los oyentes creerán equivocadamente (*paralogizetai*) que las cosas ocurren como las pintara el orador, aunque ni siquiera dijera la verdad. El error consiste en tomar por verdadera la expresión de la emoción, la cual funciona como signo de las cosas.⁹ Otra vez vuelve a la idea de que la sintonía emotiva con el auditorio lleva a que este llegue a consentirle al orador palabras extrañas o incorrectas, tan frecuentes en nuestra expresión emotiva, en lugar del uso común. El modo emotivo es, como se sabe, propio de la poesía. El pasaje dice:

Las palabras compuestas, epítetos y expresiones extrañas se adecuan a la expresión emotiva, porque hablar mal, cometer solecismos, responde al colérico; y lo mismo cuando se haya captado a los oyentes y estén entusiasmados, con elogios, censuras, cólera o amistad, tal como hace Isócrates en el panegírico (...) pues al estar entusiasmados se prefieren tales cosas, de modo que es claro que [los oyentes] las acepten porque están así predispuestos. Por lo cual también se adecuará a la poesía porque la poesía es *éntheon*. Y se debe usar así o con ironía, como hizo Gorgias y las expresiones en el *Fedro*. (*Ret.* 1408b9-20)

La tercera referencia descansa en el hecho de que la expresión adecuada *dé cuenta del carácter*, toda vez que recurra a palabras y a giros familiares para el auditorio, aquellos que corresponden a cada modo de ser o tipo humano representable hasta en sus mínimos rasgos. La cita dice:

Y la que señala a partir de signos es también [expresiva] del carácter, porque la que se adecua [*harmóttousa*] sigue a cada género y a cada modo de ser (...) respectivamente. Y digo género de acuerdo a edad tal como niño, varón o anciano, mujer o varón, lacedemonio o tesalio; o modo de ser cuando se es de tal clase por su vida, aunque la recíproca no se cumpla porque hay edades que no alcanzan para definir modos de ser. Por cierto, si también se dice los nombres familiares al modo de ser, también representará el carácter [correspondiente a ese modo de ser], porque no es idéntico ni del mismo modo si hablara como el rústico y como el instruido. Y los oyentes experimentan algo y también ante aquello que los logógrafos usan formulariamente, como “quién no lo sabe” o “todos lo saben”: pues el oyente acuerda avergonzándose porque no participa de aquello que todos saben.¹⁰ (*Ret.* 1408a25-36)

Del mismo modo, los oyentes creen y acuerdan en base al modo de hablar que en los hechos se daría lo que correspondiese al carácter representado. Otro caso de inadecuación que Aristóteles

9 Racionero identifica allí el paralogsimo de la consecuencia o del signo (véanse *Ret.* II 24, *Poética* 24 y *Refutaciones Sofísticas* 5), según los cuales se toma una relación por necesaria (*tekmérion*) cuando es probable (*semeíon*). La dificultad es, sin embargo, que en *Ret.* III 7 lo paralogsímico tiene valor negativo (1990, p. 514, nota 115). Racionero encuentra atenuante al suponer que Aristóteles todavía no disponía doctrina de la probabilidad. La descripción de Cope y Sandys (1877, *ad Ret.* III 7, 3) es que lo falaz consiste en argüir a partir de la verdad del bosquejo la verdad del hecho afirmado. Rapp, en cambio, identifica un efecto musical simpático del discurso emocional, efecto de las especies de tonos en la *Política* VIII 5, 1340a38-b10 (Flashar, Ed., 2002, pp. 861-862); y descarta el rol del tratamiento técnico de las emociones. Otros consideran *Poética* 17, 1455a31, donde el poeta coordina sus emociones con las de los oyentes, por lo cual la poesía es de una buena naturaleza o de un loco (*maniakós*). Volveré al punto en la tercera sección.

10 Rapp destaca que no es una falacia sino un argumento que apela al signo (Flashar, Ed., 2002, p. 863).

encuentra más inconveniente (*aprepésteron*) en la poesía consistiría en identificar a un esclavo o alguien muy joven mediante el recurso de valerse de bellas palabras para referirse a cosas insignificantes (III 2, 1404b14-15).

Las últimas precisiones sugieren que no habría habido en juego explicación de un mismo fenómeno sino recursos alternativos sobre especies, cuyo uso mejora en la ocasión propicia. Cito:

Pero usar oportunamente o no oportunamente es común a todas las especies [descriptas]. Y ante cualquier abuso un remedio es algo repetido: pues conviene adelantar la crítica a uno mismo, porque parece ser verdadera, dado que no oculta al menos lo que el hablante hace. Además [conviene] no usar simultáneamente todos los recursos por lo proporcionado, pues así se le escapa al oyente. Y digo por ejemplo si las palabras fuesen duras, [no servirse] de las cosas proporcionadas en la voz y en el rostro, pero si no [sucede así], resulta notorio. Pero si se da una cosa y otra, pasa desapercibido haciendo lo mismo. En cambio, si se dijera cosas dulces rudamente y cosas rudas dulcemente, no llega a ser creíble. (*Ret.* 1408b1-11)

Aristóteles desestima por razones de eficacia, esto es, por su efecto en los oyentes, el acumular recursos expresivos para dar con lo que cupiera al asunto, por ejemplo, que la rudeza de un hecho se acentúe con el tono de voz y con los gestos, dado que importa la representación (*hypókrisis*) corporal. Al parecer, Teofrasto descartaba la mímica en los gestos y recomendaba lo *prépon* (Kroll, 1939, columna 1075.30-34). Aristóteles advierte además no caer en el mensaje contrario: porque se expresara dulcemente lo grave, tal como en la primera cita del séptimo capítulo.

Ahora bien, cuando se ocupa de las partes del discurso, Aristóteles admite que la narración es también expresiva del carácter, cuando hiciera evidente la intención, tal como lo hacen los diálogos socráticos pero nunca los discursos matemáticos (III 16, 1417a16-21). Aristóteles llega a recoger así comportamientos gestuales identificables para todos con tipos tales como el rudo, el temerario, el educado, etc. Otra vez dice que la narración expresa, por su parte, las pasiones, cuando recogiera consecuencias de estas en rasgos gestuales que todo el mundo conoce, por ejemplo: “se marchó después de mirarme sombríamente” como expresión de desprecio; o decir que el personaje se tapó la cara con las manos para expresar dolor o irrumpir en llanto (III 16, 1417a37-b2). “Todo esto es convincente (*pithaná*) porque se convierte en símbolos reconocidos de cosas que no se saben” (1417b2-3). Otra vez está la cuestión de disimular expresiones semejantes que compara puntualmente con mensajeros (14017b8-10). Hasta aquí el muestreo de la fuente de la cuestión. Los estudiosos del texto aristotélico identifican a esa altura procesos de expresividad estilística de

la emoción y del carácter, que estarían exentos de dimensiones formales (Halliwell, 1993, pp. 61, 63 y 64). Al punto ponderan como una molestia haber incluido un nuevo tipo para la correspondencia (2002, p. 860). A juicio de Morpurgo-Tagliabue (1967, pp. 208-210) nuestra fuente trata del “*movere*” bajo el aspecto de la *léxis* del carácter y de la *léxis* de la emoción, y esta precede a la primera, al contrario de lo que sucede en los dos primeros libros del escrito. “Estilo expresivo y estilo poético son dos cosas distintas. Contrariamente al punto de vista romántico o postromántico, Aristóteles considera lenguaje legítimamente expresivo el usado por el orador, que debe convencer no solo demostrando sino también conmoviendo (*Ret.* I 2, II 1, III 7), pero no piensa lo mismo del lenguaje poético. El orador habla en primera persona, y así transmite el propio sentimiento (auténtico o simulado cual fuere) a los oyentes presentes. En el lenguaje trágico y épico (al cual Aristóteles se limita), al contrario, el poeta no interviene (*Poética* 1460a7). Los mismos elementos lexicales pueden entrar en el discurso del orador y del poeta, pero a aquel le interesan por su expresividad, a este por su eminencia” (Morpurgo-Tagliabue, 1967, p. 213).¹¹

Cuestiones especiales

Llegados a este punto veamos cómo se relacionan las tres condiciones o especies del modo apropiado de hablar, y qué aportan sobre la verdad del discurso eficazmente *persuasivo*. El recurso a expresar lo familiar en la emoción torna verosímil el asunto pero a costa de sembrar una apreciación errónea sobre los propios hechos. Teniendo presente dos pasajes (1408a20-27; 1408a30-36) se ha entendido este error como “el paralogismo de la consecuencia” (Racionero, 1990, p. 514, nota 115). Los oyentes considerarían esto verosímil en la medida en que entra en juego determinada suposición según la cual hechos y expresión de pasiones estén relacionados como causa y efecto, respectivamente, de modo tal que el error consiste en inferir de estos aquellos. Aristóteles llama a la expresión del carácter “la que enseña o alude mediante signos” porque “esta [la dicción o expresión] sigue [al modo de vida], cuando se adapta o corresponde con el género o condición de cada uno” (1408a25-27). Sin embargo, no todo modo de ser pertenece a determinado modo de vida. Aristóteles criticaría inferir un modo de vida (esto es, un hecho) de un mero modo de decir o de presentarse la condición de esa persona, su signo. Un famoso ejemplo que ilustra la falacia de

¹¹ El estudioso italiano se detiene en los pormenores del tratamiento en *Poética* (17, 1455a31-33; 19, 1456a37), y las diferencias con el tratamiento de pseudo-Longino en *Sublime* (1967, pp. 213-215).

la “falsa causa” sirve para criticar que inframos la condición de adulterio (determinado hábito) de signos tales como salir de noche y de acicalarse (*Refutaciones Sofísticas* 5, 167b1-12). Otro tanto suma el pasaje de *Poética* 24, que plantea la apariencia pordiosera de Odiseo. La mera expresión no alcanza para retratar un conjunto de actos o identificar un tipo o una clase.

Ahora bien, si cupiera dudar de la legitimidad de los medios emotivos que pone en obra el fenómeno estudiado, por el hecho de que en tales casos tuviéramos expresiones adecuadas, verosímiles pero falsas, tal como se desprende de algunas lecturas, no sería menos cierto que el requisito de la verdad dejase de ser significativo en el contexto de la representación poética o de la ficción en general, en cuyo caso contaría que los oyentes crean la cuestión tal y como convenga para el caso, sin desatender a la representación expresiva y gestual de los personajes identificables por sus emociones y expresiones particularísimas. Además contaría que el oyente creyera o considerase verosímiles los hechos, esto es, que por los signos de la capacidad expresiva del orador, el espectador o lector efectivamente pensase que las cosas fuesen así como se dijera en tales casos. Y Aristóteles recordaba la representación poética al comienzo del tercer libro (III 2). Queda por tocar otras dos cuestiones.

Cabe preguntarse también qué son los *prâgma/prâgmata* de la presentación inicial.¹² Si fuera importante la diferencia en número en la expresión que examino (III 7, 1408a10, 22 sobre el plural y línea 20 en singular), subrayo que el plural *hypokeímena prâgmata* tuvo que ver con elementos o propuestas disponibles para el orador en distintos grados positivos de calidad y de credibilidad, esto es, en su capacidad de elegir verdades y propuestas –entendiendo– mejores que otras (*Retórica* I 1, 1355a36-38).¹³ Se dice al punto que cabe por eso reprochar al orador que haya reparado en falseda-

12 “La expresión será adecuada siempre que exprese las pasiones, los caracteres y guarde analogía con los hechos establecidos” (Racionero, 1990, pp. 512-513, nota 112). Por “hechos establecidos” o “hechos sustantivos denotados” Racionero entiende uno de los tres *aspectos denotativos* del discurso referidos todos a su propia materia (que alcanza *prâgma, êthos* y *páthos*). El rol del capítulo alcanzaría la cuestión general acerca de que las pasiones y las emociones hubiesen quedado allí junto con el *prâgma* reducidas a un *cuero de enunciados* o *pruebas retóricas* que sería el punto de enlace para reunir los libros I-II y el III, que se cristalizará más tarde para Racionero en *Ret.* I, cap. 2. Un primer análisis sobre elementos formales de la adecuación de la *léxis* comprometía ya virtudes y vicios (*Ret.* III, caps. 2-6), que por su parte señalan los aspectos “connotativos” de la expresión. La dimensión denotativa del *prépon* –o *prépon* interno según Lausberg– integra, pues, para Racionero adecuación con hechos, la capacidad del discurso para expresar las pasiones que nacen de los hechos relatados y que los oyentes comparten con el que habla y finalmente la capacidad del discurso para denotar también el carácter del que habla o de su interlocutor, cuando rescata lo dicho al inicio sobre la persuasión “mediante el carácter” (*Ret.* I 2, 1356a5). Esta presentación de la *léxis como signo* en *Ret.* III 7 es “matización” del anterior planteo sobre el nombrar como *mimesis*, y por esto también punto de partida de una concepción del lenguaje como *symbolon* que será tema del *Peri Hermeneías* (Racionero, 1990, p. 513, nota 112).

13 “Los asuntos disponibles para el orador no siempre se manifiestan igual sino que, hablando simplemente, las

des y en propuestas peores o injustas para argumentar sobre una cuestión (I 1, 1355a23-24). El giro resulta equiparable a los usos de *hypárjonta* (II 22, 1396b1-2, 1396b5-11, en línea con *hypárjonta pithaná* de I 2, 1355b10-11) que resaltan aquellas premisas integrantes de la propia argumentación porque fuesen pertinentes para el caso, en el sentido de lo que hoy día se llama relevancia probativa. El uso plural figura en la parte que corresponde a la narración (III 16). El uso singular señala, por su parte, la incumbencia temática de cada disciplina (*perì tò autèi hypokeímenon*), por lo cual se enseña y persuade al respecto, tanto como las expresiones en plural (*Retórica* I 2, 1355b28-29). La incumbencia de la dialéctica y de la retórica no tienen, en contraste, género determinado sino aquello que despierta persuasión acerca de lo dado (1355b34-35).¹⁴ En línea con esto se había señalado el papel de ciertas propuestas (*protáseis*) que no hacen más sabio a alguien en un género porque no pertenecen a ningún asunto o sustrato (*perì oudèn gàr hypokeímenón estin*, *Retórica* I 2, 1358a22) en el sentido de campo determinado de objetos, tal como seríamos entendidos en lo natural o en cuestiones referidas a lo ético. Se debate acerca de la función de esas propuestas en el conjunto de la presentación aristotélica. Ahora bien, en el caso de que la expresión comprometa algo singular, cabe suponer entonces el sentido de asunto o materia de la que se ocupa un argumento, como se dijo al comienzo del escrito: si el hecho objeto de prueba y por el cual se intenta despertar persuasión en otros tuvo o no lugar (I 1, 1354a27-28). A continuación presento consideraciones sobre la base de las cuales planteo una hipótesis sobre la noción de *prépon*.

El modo adecuado de decir como reflexión de segundo nivel acerca de cómo decir eficazmente el discurso

Si equiparásemos lo adecuado o conveniente con un blanco a apuntar por el orador, se consideraría que el modo adecuado de hablar o decir sería –entendiendo– resultado del hecho de que quien habla se hubiese propuesto valerse de la capacidad expresiva del lenguaje y del propio modo de hablar a fin de lograr guardar cierta relación unívoca, por así decir, y no contraria, con variantes de esas tres referencias que Aristóteles llamó “persuaciones conforme al arte” al comienzo de la obra (I 2, 1356a1-16). La única diferencia terminológica entre esos dos pasajes es que a esta altura del escrito

verdades y lo óptimo por naturaleza son más fáciles de argumentar y mejores para suscitar convencimiento que otros casos” (*Ret.* I 1, 1355a36-38).

14 El sentido de *hypokeímenon* es equiparable a *génos* de *Metafísica* VI 1, 1025b8-10.

aristotélico figura la voz *lógos* y en nuestro séptimo capítulo la voz *prâgma*. El modo de hablar adecuado es, tal como lo entiendo, resultado de una etapa o nivel posterior propio de una reflexión, en la que cuenta para el orador el hecho de que sus palabras resulten proporcionadas, ajustadas, primero y sobre todo, en referencia a la importancia del asunto, de modo tal de poder llegar a ajustar en el mismo sentido –de aquí que se hable de proporcionado (*análogon*)– lo que se dice y cómo se lo dice. Y en caso de querer resaltar oposiciones, su modo de decir será entonces cómico, como dice Aristóteles, o bien irónico agregamos, en el sentido latino. Cuenta además llegar a expresar el estado de ánimo que hubiese correspondido con la calificación del hecho, y finalmente haber elegido la expresión relacionada con la condición y el origen del tipo humano involucrado en el caso. Mantener o conservar cierta relación que se dice en griego *análogon* juega tácitamente para las dos primeras instancias, tanto como es expreso para la tercera (*análogon, harmóttousin* 1408b7, 12, 19). Y el presente tratamiento comparte con cualquier enfoque práctico la cuestión de dirimir, por razones de eficacia, el uso relativo a contexto de valerse de variaciones de tono y de recursos gestuales.

Ahora bien, mi hipótesis acerca de que la determinación de lo *prépon* comprometa un segundo nivel de reflexión sobre datos ya disponibles con la propia capacidad de expresión del orador ha considerado las siguientes preguntas a modo de indicios. Sobre los casos de la expresión denotativa de hechos, como la llama Racionero, cabe preguntarse cómo se establece una correspondencia o la misma relación, como pienso, con el modo de hablar solemne o grave, si no se sabe antes que el hecho es por caso solemne o grave. Lo mismo vale a la hora de resaltar oposiciones: ¿cómo apuntar a lo contrario para provocar risa, burla, parodia o ironía sobre determinada cuestión, si no se conoce ya el tono serio o adecuado para hablar propiamente? ¿Cómo expresar la emoción pertinente para el caso, si no contamos ya de algún modo con que ese hecho nos provoca determinado estado de ánimo, placentero o penoso, por ejemplo, cómo mostrarnos indignados, si no pensamos que estamos ante una situación grave? Lo mismo vale si no quisiéramos mostrarnos tan irritados o manifestarnos airados, llenos de admiración o humildes cuando lo requiera la situación. ¿Cómo identificar la expresión que convenga a la condición de la persona a representar, si no se tuviese en cuenta qué valor tendrá el asunto para ella y cómo se expresará esa situación?

En suma, pienso que solo si alguien se plantea cómo decir en determinada situación aquello que

ya se tenga para decir, solo entonces encontrará tonos, gestos y emociones relacionadas, por eso, justas, armónicas, adecuadas, para decir lo que tenga que decir. Atento a esto advierto, no obstante, que en un plano general podría resultar tal vez conducente plantear oposición entre la expresión adecuada, por un lado, y sus tres referencias por igual, por el otro, *mediante la oposición entre el cómo decir al qué decir, respectivamente*, tensión que Aristóteles afirma en la *Retórica* como *léxis* y *diánoia* (*Ret.* III 1, 1403b15-17).¹⁵ Con todo, puestos/as ya en situación de expresar una de las tres especies, a la hora de buscar por caso sintonía con emociones, deberíamos igualmente tener claro ese estado emotivo a representar, en el mismo sentido en que uno/a se plantee tener que calificar o evaluar determinado hecho como bello, justo o elogiado, para nombrar tres de las categorías principales de los discursos persuasivos. No pienso entonces que la cuestión del séptimo capítulo del tercer libro quede zanjada en términos de oponer forma y contenido, o alguna de sus variantes (estilo y sentido),¹⁶ por el hecho de aducir que los modos expresivos de pasiones o de caracteres fuesen representados como meros modos o formas de expresar el discurso sobre hechos, estos sí sustantivos porque solo estos representen contenidos en cualquier caso. Pienso además que en los tres niveles de la reflexión sobre el modo adecuado de decir habría por igual en juego alguna consideración general y previa sobre cómo decir lo que se tenga para decir, como cuestión si se quiere estratégica para plantearse uno/a como orador/a las mejores elecciones para hablar del caso. Insisto entonces en la salvedad: aquello que se tenga para decir siempre comprometería y no dejaría de incluir como genuinos contenidos cierta representación de determinada emoción y cierta representación intersubjetiva o por todos admitida, convencionalmente, de determinado carácter a expresar, involucrados ambos con el hecho en cuestión.

La cuestión de los antecedentes

Seguidamente reseño las tesis de los estudiosos acerca de los antecedentes de *prépon*. Si Aristóteles hubiese reparado en algo conocido, siempre está apelar a la enseñanza platónica, que se identifica por recurso a la mediación latina. Se acuerda entonces que nuestra noción ha sido equiparada con las categorías latinas de *aptum*, *accomodatum* y de *decorum* (Racionero, 1990, p. 486, nota 25).

15 Laks reduce la conveniencia al punto de vista analógico que cubre la *léxis*, que es relación proporcional con los hechos (1994, nota 50).

16 Tampoco para Halliwell (1993, p. 60). La “appropriateness” atañe a la emoción y al carácter (pp. 61 y 63).

Vinculada, en un caso, con la noción ciceroniana de *decorum*, hay quienes han rastreado su fuente en la famosa digresión sobre el arte de la medida del *Político*, cuando Platón explica el criterio –platónico– de la política y de aquellas artes que no traducen a número su medida (Trimpi, 1993). Para ponderar bondad y belleza de las acciones humanas y de las producciones artísticas cuenta un parámetro absoluto: el justo medio (*métrion*) en el sentido de lo *prépon* (lo conveniente), lo oportuno, lo necesario y todo cuanto está alejado de los extremos,¹⁷ que compromete exceso y defecto, pero cuya relación recíproca atienden, por su parte, aquellas otras habilidades que están sujetas a exactitud numérica (*Pol.* 283d-285a). Ahora bien, si la cuestión de la expresión adecuada para el discurso convincente y literario anunciara la famosa doctrina de justo medio, habría que resaltar que la medida en cuestión no sería reductible a arte ni a regla alguna, porque según la enseñanza aristotélica propone una disposición (*héxis*) humana que modela las emociones del agente, tal como sucede con cualquier otro vehículo de su expresión, toda vez que contase actuar o decir, no solo convincentemente, atendiendo a un medio entre dos extremos (Trimpi, 1993, p. 283).

Cabe poner en juego *otra lectura* que toma por fuente un pasaje del *Gorgias* (503e). A esa altura Platón está comparando la bondad del orador con el orden que impone el fin cuando un artesano fabrica un objeto utilitario, hoy diríamos. Allí no hay cabida para azar: el fabricante encuentra en la consideración del fin el orden y la proporción que él trata de poner en su obra cuando dispone y ensambla las partes de ese todo (Racionero, 1990, p. 486, nota 25).¹⁸ Ahora bien, como dicha comparación busca representar aquella salud que en el alma se llama norma, ley, en la que los hombres encuentran justicia y moderación (504d), no nos sorprende que el argumento platónico reconozca nuevas premisas, a saber, que la excelencia de cada conjunto de partes, viviente o inanimado, se alcanza con la moderación, a costa de penar por el exceso y el efecto curativo de los castigos, y llegar al estado saludable que al comienzo se parece al orden que impera en una fabricación humana (506d, cf. 503a-4d). Y la otra premisa es que ese equilibrio anímico tiene fundamento ontológico

17 Las nociones definen lo *métrion* porque entiende que el primer *kai* es epexegetico (véase Santa Cruz, Vallejo Campos y Cordero, 1998, p. 563). Si no, lo *prépon* se entiende como lo oportuno y sería sinónimo de *métrion*.

18 Entre los antecedentes, Racionero admite, primero, “la armónica concordancia de todos los elementos que componen el discurso” (Lausberg, sec. 258), tanto de todas “las partes integrantes de la expresión consigo mismas (*prépon* interno)”, como la concordancia de “la propia expresión con las exigencias y circunstancias sociales del discurso (*prépon* externo)”. Segundo, *Retórica* III 7 retiene del *Gorgias* (503e) dos ideas: la necesaria analogía o proporción de componentes de la expresión, y la finalidad o la integración al todo como expresión adecuada que expresa en el plano extensional el *práigma*, el *éthos* y el *páthos* (1990, p. 486, nota 25).

en una igualdad geométrica, que se imparte como justicia cósmica y se traduce en el orden y la belleza del universo, sobre la base de los cuales se constituye toda convivencia y amistad entre las partes del todo, animadas e inanimadas (508a). Justamente en *Leyes* se dice que “según lo que corresponde” atiende el destino de las almas sinceras y el de las malas que descansan en regiones bien opuestas (X 903d8). Hasta aquí Aristóteles habría representado y desarrollado luego lo *prépon* propio de la moral, cuyo conocimiento específico Platón dilucidó, como vimos, bajo el modelo de la fabricación humana (*téjne*), tal como hoy vuelve a insistirse (Rapp –Flashar, Ed.–, 2002, pp. 824-825).

Por mi lado, estimo que en la presentación de *prépon* Aristóteles habría sentado posición sobre un vocablo familiar, cuya articulación en cuestiones morales habría podido estar en Platón tan bien documentada como vimos hasta aquí, pero que en *Retórica* habría tenido que ver con el sentido de lo adecuado usado para definir el discurso claro (cf. *supra* primera sección) y no tanto con el otro sentido que hemos rastreado desde la segunda sección del presente estudio. Esta “segunda” noción de lo *prépon* aparece bien atestiguada en el *Ión* (535c), en *Leyes* (669c) y en *República* (399a, 400b). En tales pasajes Platón recuerda armonías que pudieran imitar adecuada o propiamente (*prepóntos àn mimésaito*, *Rep.* 399a) voces y ritmos de acciones valientes en la guerra; en otros casos, combinar (*prosarmóttein*, *Leyes* II, 669c) melodías y movimientos femeninos con discursos masculinos, o combinar danzas de hombres libres con tiempos de esclavos. Si no, el mismo Platón reconoce el efecto poético de pronunciar quejas con lágrimas en los ojos, o el de decir algo pasmoso o temible con gesto encendido (*Ión*) (Von Koller, 1954, p. 78 y nota 43, y p. 157). Estos documentos aportan casos de adecuación o de inadecuación semejantes, hasta lexicalmente, a los que hemos visto atendidos en la presentación aristotélica de *Retórica* III 7. A juicio de ese mismo estudio sobre la *mímesis* en la antigüedad, estamos pisando una concepción pitagórica de la *mímesis* que von Koller entiende como teoría e instrucción en la expresión de gestos, emociones y modos de ser humanos (*éthe*), la cual había sido conocida en Atenas a causa de Damón de Oa, teórico de la música contemporáneo a Pericles, a quien Platón expresamente recordaba (*Rep.* 400b, entre otros). Bajo su influencia estuvieron Gorgias de Leontini y las posiciones integrantes de famosos debates acerca del origen de la cultura recreados por el *Ión* (1954, p. 145), y tuvo lugar otra discusión acerca del fin del discurso histórico en el que Polibio niega la función emotiva de la prosa

gorgiana (1954, p. 161). Según nuestra referencia, el planteo gorgiano de la retórica como medio de encantamiento y de engaño consciente vino a proponer un traslado (“Übertragung”) a géneros de escritura en prosa, como la retórica y la historia, de aquello que se había sostenido para la tragedia como ejemplo de discurso poético, lo cual llegaría a documentar además el concepto aristotélico de *kátharsis* (von Koller, 1954, p. 161 y nota 99). A la luz de esta prehistoria, señalo, como cierre, el hecho curioso de que Aristóteles entienda lo *prépon* en *Retórica* III 7 en términos de lo *análogon*, el nombre de una relación que documentan no pocas formulaciones aristotélicas sobre la *mímesis*.

Referencias

- Bailly, A. (1950). *Dictionnaire grec-français*. Paris: Hachette.
- Bonitz, H. (1961). *Index Aristotelicus*. En I. Bekker (Ed.), *Aristotelis Opera* (Vol. V). Berlin: De Gruyter.
- Cope, E. M. & Sandys, J. E. (Eds.). (1877). *The Rhetoric of Aristotle* (Vols. I-III). Cambridge: Cambridge University Press.
- Eigler, G. (Ed.). (1990). *Platon, Werke in acht Bänden; griechisch und deutsch. Text von A. Diès und Dt. Uebersetzung von F. Schleiermacher* (3ª ed.). Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Flashar, H. (Ed.). (2002). *Aristoteles Rhetorik* übersetzt und erläutert von Christof Rapp: *Aristoteles Werke in Deutscher Übersetzung* (2 Bde.). Berlin: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Halliwell, S. (1993). Style & Sense in Aristotle's *Rhetoric* Bk 3. *Revue Internationale de Philosophie*, I(184), 50-69.
- Huseman, R. C. (1970). Aristotle's Doctrine of the Mean: Implications for Rhetorical Style. *Western Speech*, 115-121.
- Kassel, R. (Ed.). (1976). *Aristotelis, Ars Rhetorica*. Berlin-N. York: De Gruyter.
- Kroll, W. (1939). Rhetorik. En *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft Pauly-Wissowa* (Suppl. VII; cols. 1039-1085). Stuttgart: J. B. Metzler.
- Laks, A. (1994). Substitution et connaissance: una interprétation unitaire (ou presque) de la théorie aristotélicienne de la métaphore. En D. Furley & D. Nehamas (Eds.), *Aristotle's Rhetoric*.

Philosophical Essays (pp. 283-305). Princeton: Princeton University Press.

Morpurgo-Tagliabue, G. (1967). *Lingüística e Stilistica di Aristotele*. Roma: Edizioni dell'Ateneo.

Racionero, Q. (Trad.). (1990). *Aristóteles. Retórica*. Madrid: Gredos.

Ricoeur, P. (1980). Primer estudio: Entre retórica y poética: Aristóteles (Trad. Agustín Neira). En

La metáfora viva (pp. 13-71). Madrid: Ediciones Europa. (Reimpreso: Oksenberg Rorty, A., Ed., 1996, Berkeley-London: Univ. of California Press, pp. 324-384).

Santa Cruz, M. I., Vallejo Campos, A. y Cordero, N. L. (Trads.). (1998). *Platón. Diálogos. Parménides, Teeteto, Sofista, Político* (Tomo V). Madrid: Gredos.

Trimpi, W. (1993). Decorum. En A. Prentinger & T. V. F. Bragan (Eds.), *The New Princeton Encyclopedia of Poetry and Poetics* (pp. 282-283). Princeton: Princeton University Press.

Verdenius, W. J. (1983). The Principles of Greek Literary Criticism. *Mnemosyne*, XXXVI(1-2), 14-

59.

Von Koller, H. (1954). *Mimesis in der Antike. Nachahmung, Darstellung, Ausdruck*. Bern: A. J.

Francke.

Discurso epidíctico y comunidad policial en el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires

María Alejandra Vitale

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Lingüística

Universidad de Buenos Aires

Argentina

Introducción

Se sabe que el discurso epidíctico tiene una función performativa en la construcción y cohesión retórica de una comunidad (Danblon, 2013; Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989) y que también cumple una importante función ideológica (Pernot, 2013, 2015), de allí el interés en indagar su presencia, durante la última dictadura militar, en un servicio de inteligencia policial como fue la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA).

La DIPBA fue creada en 1956, durante la llamada “Revolución Libertadora” que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955 y fue cerrada en 1998, en el contexto de una reforma de la policía bonaerense emprendida por el entonces Ministro de Seguridad y Justicia, León Arslanian, juez del conocido Juicio a las Juntas, desarrollado en 1985 durante el gobierno de R. Alfonsín. El edificio donde funcionó la DIPBA en la ciudad de La Plata y su archivo fueron cedidos en 2000 a la Comisión Provincial por la Memoria. En 2003, durante el gobierno de Néstor Kirchner, la consulta del archivo se hizo pública.

En su acervo documental, el archivo de la DIPBA incluye ejemplares de la revista *Buenos Aires policial*, que se presenta a sí misma como “Publicación oficial de la Policía de la Provincia de Buenos Aires”.¹ El hecho de que estos ejemplares hayan sido conservados en la denominada Mesa

1 Sobre revistas institucionales de la policía bonaerense, ver Barreneche (2016) y Rodríguez Morales (2019).

Doctrina, que reúne documentos institucionales del organismo de inteligencia, como reglamentos internos, leyes, programas de la Escuela de Inteligencia, entre otros,² constituye un indicio de que sus agentes se incluyeron en cuanto policías entre los destinatarios de la revista.

A partir de los aportes de la retórica antigua y contemporánea sobre el discurso epidíctico (Aristóteles, *Retórica*; Danblon, 2013; Pernot, 1986, 1993, 2013, 2015; Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989), el propósito de este trabajo es caracterizar las funciones ideológicas (Eagleton, 1997) que el discurso epidíctico adquiere en *Buenos Aires policial*. Específicamente, me centro en un número aniversario (el del Año 3, No. 8, de 1980) de lo que en la tapa de la revista se denomina “La reorganización definitiva (1880-1980)”.³ En particular, considero el discurso de despedida del Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, general Ovidio P. Ricchieri,⁴ el de asunción del nuevo Jefe, general Oscar E. Guerrero,⁵ el mensaje de Ricchieri con motivo del Día de la Policía Bonaerense y de la Navidad, y las palabras que el comisario general Bruno Trevisán pronunció en el día de los Fieles Difuntos en homenaje a los muertos de la Policía.⁶

Mediante el análisis en especial de tópicos, del argumento por el ejemplo tomado de la historia y de metáforas, constato que el discurso epidíctico se orienta tanto a cohesionar a la comunidad policial bonaerense en torno al cristianismo y el llamado “mundo libre” como a legitimar al autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” y lo que se valora como “aniquilar el terrorismo”.

A continuación, me refiero al discurso epidíctico y a diversas perspectivas sobre su caracterización y estudio, luego analizo las alocuciones nombradas incluidas en el número aniversario de *Buenos Aires policial* y cierro con las conclusiones.

2 Sobre la organización de la información en el archivo de la DIPBA y las denominadas mesas, ver Kahan (2008).

3 Ver Archivo DIPBA, Caja 2707, Legajo 160.

4 El Brigadier Ovidio Pablo Ricchieri fue el sucesor de Ramón Camps en la conducción de la policía bonaerense desde el 15 de diciembre de 1977. En 1984 publicó, en la Editorial Universitaria S.R.L., *Síntesis histórica de la Policía de la Provincia de Buenos Aires*, texto de consulta en la formación de los policías (Clavijo, 2010).

5 Antes de su jefatura en la policía bonaerense, Oscar E. Guerrero había ocupado un cargo de relevancia en la División Inteligencia y Operaciones del Estado Mayor General del Ejército; luego fue jefe de Operaciones del Estado Mayor del Ejército. Fue acusado por familiares del coronel Bernardo Alberte de coordinar su asesinato en 1976. Ver *Clarín*, “Derechos Humanos. La muerte del ex delegado de Perón Bernardo Alberte en 1976”, 26/03/2007. El hecho se integró a la megacausa por crímenes de lesa humanidad en el Primer Cuerpo de Ejército, ver *Página 12*, “El coronel allanado”, 19/04/2012.

6 Bruno Trevisán fue jefe de la Brigada de Investigaciones de Lanús durante la dictadura militar, ex Centro Clandestino de Detención conocido como “El Infierno”. Fue enjuiciado por delitos de lesa humanidad, ver “La Plata: enviaron a juicio oral a Smart, Etchecolatz y cuatro ex policías por crímenes en la Brigada de Lanús”, www.Fiscales.gob.ar, 26/05/2017.

Sobre el discurso epidíctico

Es sabido que en el s. IV a. C. Aristóteles es el primero que hace una sistematización rigurosa de los géneros oratorios, en el Libro I, caps. 3-15 de su *Retórica*, sobre la base de tres elementos que constituyen el discurso: quien habla, aquello de lo que habla y a quien se dirige con determinado fin. En el discurso epidíctico el orador alaba o vitupera y el oyente ocupa el lugar de un espectador que es a la vez un juez. Según la traducción al español de Ignacio Granero (1978), el oyente juzga acerca del valor, sin explicitar de qué.⁷ Se trata del valor de la potencia oratoria de quien habla, pero además, interpreta Granero recuperando a Ruelle (2010), es también el valor de la cosa o persona objeto de elogio o crítica. En la traducción de la *Retórica* al español de Quintín Racionero (1999, p. 197), Aristóteles afirma que en el género epidíctico “el espectador, por su parte, juzga sobre la capacidad del orador”, es decir que explicita el valor de qué, a la vez que lo circunscribe a la capacidad del orador.⁸

En su libro *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*, Laurent Pernot (1993, p. 29) comenta la sistematización por parte de Aristóteles de los tres géneros oratorios, el deliberativo, el judicial y el epidíctico, y afirma que el elogio (y la censura) ingresan como la tercera parte de la clasificación, en una simetría más aparente que real, pues el oyente –plantea Pernot– no juzga si el objeto elogiado posee o no determinada virtud o cualidad, sino que es un espectador o examinador del talento del hablante: es una especie de juez que dictamina sobre la calidad del discurso y no interviene para escoger entre posiciones antagónicas. En este sentido, según los autores surge una doble posibilidad, en el género epidíctico el auditorio juzga tanto la potencia o *performance* oratoria del orador y/o también el valor de la cosa o persona objeto de elogio o crítica.

En un artículo previo donde comentó los *tópoi* del elogio enumerados por Menandro el Rétor, Pernot (1986, p. 51) planteó que el elogio fue un rito social de celebración de todos los poderes que

7 Barbara Cassin (2008) y Laurent Pernot (2015) coinciden en que el discurso epidíctico, basado en el elogio y en un estilo adornado, lleno de figuras retóricas, fue practicado por los sofistas en la segunda mitad del s. V a. C. Cassin y Pernot coinciden también en que la mejor traducción del término del griego antiguo *epideixis* sería *conferencia* puesto que los sofistas viajaban por Grecia y se hacían pagar sus conferencias.

8 Roland Barthes, por su parte, en su clásico *La antigua retórica. Ayudamemoria* (1982, pp. 13-14), destaca en Gorgias el empleo del discurso epidíctico como prosa decorativa, espectáculo, con uso de diversas figuras (metáforas, repeticiones, anáforas, antítesis) que antecede a lo que sería considerado literatura. Y también recuerda el empleo por parte de Gorgias del género oración fúnebre.

controlan la vida social. Volviendo sobre este aspecto, en su libro *La Retórica en Grecia y Roma* (2013) afirma que, en la sociedad de la época imperial, el discurso epidíctico fue un rito social que sostenía los valores de la colectividad, proclamaba y cultivaba el consenso, la adhesión de todos a concepciones y modelos reconocidos. En este sentido, Pernot (2013, p. 211) propone que el elogio afirmaba una unanimidad que podía ser una mera fachada que sofocaba las oposiciones y servía de sostén a la ideología dominante. En *Questioning the Stakes of Ancient Praise*, Pernot (2015, p. 100) destaca nuevamente que, a diferencia del género deliberativo y del judicial, el epidíctico no busca obtener ningún voto ni ninguna decisión; como propósito global, le atribuye la consolidación del orden social. Al mismo tiempo, señala que tanto Aristóteles como Quintiliano postulan una similitud entre el género epidíctico y el deliberativo, en tanto en este se aconseja para el futuro lo que en el género epidíctico es elogiado respecto del pasado. Asimismo, Pernot sostiene que el género epidíctico tiene una dimensión exhortativa, porque presenta un modelo de virtud e incita a imitarla.

En cuanto a la oración fúnebre (*epitáphios lógos*) en la Atenas clásica del s. IV, Pernot (2013, p. 53) sostiene que se trataba de un ritual institucional desarrollado en el Cerámico, el cementerio de Atenas, para elogiar a los soldados atenienses caídos por la Patria con palabras de consolación dirigidas a los vivos. Al celebrar a sus combatientes, la ciudad se celebraba a sí misma, se trataba así de un discurso institucional, dado por un orador elegido por el pueblo a propuesta del Consejo, que tenía un poderoso contenido ideológico de legitimación de dar la vida por la Patria, de construir una identidad colectiva valorada y de la exaltación de la propia Atenas.

Aristóteles afirmó que la amplificación es la más apta para el género epidíctico (*Ret. I, 1368*), porque en este género oratorio se consideran las acciones admitidas por todos (Granero, 1978), de modo que lo que falta es añadirles grandeza y moralidad. Al considerar lo que es admitido por todos, o, en palabras de la traducción de Quintín Racionero (1999, p. 253), “acciones sobre las que hay acuerdo unánime”, el género epidíctico queda de modo implícito relacionado con aquello que une a una comunidad y por ello no genera polémica, dado que lo que puede generar polémica es lo que no es admitido por todos o aquello sobre lo que no hay unanimidad.

Surge así otro eje problemático en relación con el género epidíctico, su estatuto argumentativo. En relación con ello, Emanuelle Danblon (2013) en *L'Homme rhétorique* afirma que el género

epidíctico es el menos argumentativo, el más emotivo, el menos decisionista.⁹ Su función principal es restablecer o mantener la Concordia, el equilibrio social, lo que los griegos llamaron *homónoia*.

Quintiliano, por su parte, interpreta –en el capítulo séptimo del tercer libro de sus *Instituciones oratorias*– que Aristóteles redujo el género epidíctico a recrear a los oyentes. Si bien destaca en este género la importancia del *ornatus*, mediante el cual el orador hace alarde de su ingenio, y al cual le es propia la amplificación, para Quintiliano en el género epidíctico se desarrolla una verdadera argumentación, puesto que plantea que esos alardes del orador sirven a la vez como prueba para la confirmación y la defensa en el desarrollo de una alabanza. El autor de las *Instituciones oratorias* retoma el consejo de Aristóteles sobre el considerar ante quién se hace el elogio y precisa que se persuadirá mejor si el orador alaba en un sujeto aquello que aprueba su auditorio, de modo que el discurso epidíctico ratifica un juicio que ese auditorio ya tiene antes de oír al orador (*Inst. or.* 3.7.25) y en este sentido se puede interpretar que tiende a no generar opiniones contrapuestas.

En cuanto a la posición de Cicerón ante el género epidíctico (*exornatio dicitur*), en las *Partitiones oratoriae* (20.69) plantea que no hay ningún género que lo iguale en la capacidad de producir una elocuencia más rica y en ser más útil a la comunidad. Sobre el vínculo del género epidíctico y la argumentación, se destaca que Cicerón afirma en dicha obra que en el género epidíctico lo más importante es la narración y la exposición de los hechos sin ninguna argumentación (*Part. or.* 21.71). Recomienda, en cambio, el uso de un estilo adecuado para suscitar la emoción y la credibilidad de lo narrado. En *De oratore*, el género epidíctico –pensado sobre todo como oración fúnebre– es presentado por Antonio como un género fácil en comparación con el deliberativo y el judicial, porque nadie ignora lo que hay que alabar en una persona (2.11.44-46 y 16.67-69). Se infiere, así, que el género epidíctico remite a un consenso dentro de la comunidad en torno a qué es digno de ser alabado o censurado.

Perelman y Olbrechts-Tyteca (1950, 1989) han considerado, asimismo, como característica fundamental del género epidíctico la comunión sobre valores admitidos y la ausencia de polémica. El *Tratado de la argumentación* (1989, p. 67) afirma que, en este género, el orador procura crear

⁹ Michel Meyer, en su libro *Principia Rethorica* (2008, p. 252), por su parte, sostiene que si se recurre a la argumentación es porque una cuestión genera un debate y afirma que en el epidíctico no hay debate, por lo que se infiere que para él en este género oratorio no hay argumentación.

una comunión en torno a ciertos valores reconocidos por el auditorio y por ello es practicado preferentemente por aquellos que, en una sociedad, defienden los valores tradicionales, los valores que constituyen el objeto de la educación y no los valores revolucionarios, los valores nuevos que suscitan polémicas y controversias.¹⁰ Pero es sabido que Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989) se oponen a la concepción del epidíctico como un mero espectáculo –desligado de la acción– que se acerca a la literatura y afirman que constituye una parte esencial del arte de persuadir. En efecto, la argumentación del discurso epidíctico se propone acrecentar la adhesión a ciertos valores, de los que quizás no se duda cuando se los analiza aisladamente, pero que podrían no prevalecer sobre otros valores que entrarían en conflicto entre ellos. Justamente por este motivo el género epidíctico fortalece la predisposición a determinada acción. En *Logique et rhétorique*, Perelman y Olbrechts-Tyteca (1950) señalan que los géneros deliberativo y judicial suponían un adversario y por lo tanto un combate, dirigido a obtener una decisión sobre una cuestión controvertida, y en ellos el uso de la retórica se justificaba por la incertidumbre y por la ignorancia. ¿Cómo comprender –se preguntan– el género epidíctico, referido a cosas ciertas, incuestionables, y que ningún adversario rechaza? Los antiguos –ellos sostienen– consideraban que el género epidíctico se refería a los juicios de valor a los cuales las personas adhieren con intensidad variable. Luego, siempre es importante confirmar esa adhesión, recrear una comunión sobre el valor admitido. Asimismo, destacan que esa comunión, aun cuando no determina una elección inmediata, determina todas las elecciones virtuales. Por ello conceden que el orador epidíctico entabla un combate pero contra objeciones futuras, en un esfuerzo para mantener el lugar de ciertos juicios de valor en determinada jerarquía o, eventualmente, conferirles un estatuto superior.

Bruce McComiskey (2002) recuerda que los géneros retóricos son construcciones históricas generadas por exigencias de situaciones socioculturales, políticas y económicas particulares. Partiendo de esta aceptación, son dignas de destacar la vivacidad y la importancia en la actualidad del género epidíctico, en ceremonias como las oraciones fúnebres, las fiestas matrimoniales, las presentaciones de conferencistas, los actos escolares y las conmemoraciones de acontecimientos que conmueven a una comunidad.

10 Cassin (2008, p. 115) no coincide con Perelman, pues sostiene que en el elogio no se trata simplemente de reforzar y difundir los valores admitidos; se trata, para ella, también de modificarlos y de crear otros nuevos.

Los discursos epidícticos en *Buenos Aires Policial*

El número publicado en 1980 de la revista *Buenos Aires Policial* (Año 3, No. 8) es un número, dije, autocalificado de “aniversario” de lo que llama “La reorganización definitiva (1880-1980)”. El propio contexto de enunciación propicia la notable presencia del discurso epidíctico en este ejemplar y por ello lo vuelve un caso paradigmático para el análisis.

La revista reproduce en estilo directo el discurso de despedida como Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires del general Ovidio P. Ricchieri, pronunciado el 12 de diciembre de 1980 en el Salón Dorado del Departamento Central de la Policía bonaerense. Los discursos de despedida de una función pública constituyen un ritual de pasaje mediante el que un líder deja un espacio simbólico prestigioso de poder para una comunidad y prepara la memoria que ella tendrá de él (Kiewe, 2004).

Al respecto, *Buenos Aires policial* informa que como parte del auditorio del discurso de despedida del Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires se encontraban el Arzobispo de La Plata, monseñor Antonio Plaza, y el Ministro Decano de la Suprema Corte de la Provincia, indicios de que la jerarquía de la Iglesia y del aparato judicial era adepta al régimen militar.

En el discurso de despedida del general Ricchieri se destaca la alabanza de la policía a partir del empleo del tópico de la defensa del mundo libre, que tiende a cohesionar a la comunidad policial bonaerense en torno a un componente importante de la Doctrina de la Seguridad Nacional (García, 1991). El general Ricchieri afirma:

Habiendo vencido [a la delincuencia terrorista], cabe ahora consolidar la paz proporcionando una adecuada seguridad a la población, para que esta encuentre en la Policía el amparo, la protección y el fiel cumplimiento de la ley que distinguen a estas instituciones en el marco de toda sociedad civilizada del mundo libre.

Para Amossy (2000), los tópicos son elementos que pertenecen a la *dóxa* y son considerados evidentes y fuera de discusión por un grupo social determinado. La propia descripción definida (Ducrot, 1982) “el mundo libre” y su carácter de cliché (Amossy y Herschberg, 2001) tienen el efecto ideológico de evidencia de que dicho mundo existe. El sintagma “mundo libre”, según su entorno verbal, es asociado a “sociedad civilizada” y al “amparo, la protección y el fiel cumplimiento de la ley”. La policía es legitimada en su accionar mediante la alabanza implícita a sus virtudes de ser amparo y protección de la población y de que cumple fielmente la ley. Esto último busca también

limpiar su imagen y dotarla de una identidad valorada enmascarando ideológicamente las violaciones a los derechos humanos que perpetraba (Eagleton, 1997).

Otro tópico presente en el discurso de despedida del general Ricchieri es el de “la guerra”, según el cual existió una guerra entre la llamada “subversión” y las Fuerzas Armadas (Vitale, 2015). Como sobreentendido (Pernot, 2018), la cita transmite la opinión de que las Fuerzas Armadas, incluida la policía bonaerense que estaba militarizada en la dictadura, había ganado esta “guerra”, por ello se refiere a “consolidar la paz”.

Por otra parte, sobresale, en la alabanza que hace el general Ricchieri de la policía bonaerense, la metáfora de los “mártires”. En efecto, sostiene:

Durante este período la Policía de la Provincia contribuyó, en el marco de las Fuerzas Armadas, a la definitiva derrota militar de la delincuencia terrorista, ofreciendo generosamente la sangre de sus mártires.

Como se sabe, la metáfora es para Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989) una analogía condensada en la que un elemento del foro (que sostiene el razonamiento) se condensa con un elemento del tema (que sostiene la conclusión) y ambos se influyen mutuamente, en el sentido de que sucede una transferencia de valor entre el foro y el tema. Perelman (1977), asimismo, destaca que toda analogía estructura de cierta manera el tema, pone ciertas relaciones en evidencia y oculta otras, de modo que al describir un fenómeno ilumina ciertas características y pone en sombra o minimiza otras. Interesa al mismo tiempo que Perelman agrega que ciertas épocas y ciertas tendencias filosóficas manifiestan preferencias en la elección del foro, puesto que ello implica que pondera la incidencia de factores sociohistóricos, a los que por mi parte sumo los ideológicos (Eagleton, 1997). De esta manera, en el discurso de despedida del general Ricchieri la metáfora condensa una analogía en la que los elementos del tema son los policías que dan su vida (metonímicamente representada por la palabra “sangre”) por un ideal que es derrotar a la “delincuencia terrorista” y los elementos del foro son los cristianos que dan su vida por un ideal que es ser fieles a su religión, en específico a Cristo. En esta analogía los elementos del foro transfieren su valor a los del tema entablando una interdiscursividad con el llamado mito de la nación católica (Zanatta, 1999), según el cual las fuerzas armadas eran guardianas de la supuesta esencia cristiana de la nación argentina.¹¹

11 Durante la última dictadura el mito de la nación católica estuvo tamizado por la Doctrina de la Seguridad Nacional, para la cual el cristianismo era un freno frente al marxismo ateo (Vitale, 2015).

Por último, en el mensaje de despedida del general Ricchieri aparece la metáfora remanida, que constituye un cliché (Amossy y Herschberg, 2001), de la Policía como una familia, cuando usa el sintagma “la familia policial”. En este caso, la interacción entre los elementos del foro y del tema en la analogía condensada ratifica el valor conservador compartido de la familia. Asimismo, permite a Ricchieri ubicarse implícitamente en el lugar jerárquico del Padre a la vez que establecer lazos afectuosos con sus subordinados.

En el mensaje que el general Ricchieri pronunció con motivo del Día de la Policía Bonaerense el 13 de diciembre de 1980 en el Paseo del Bosque de La Plata, se reitera la metáfora cliché de la policía como una familia cuando usa el mismo sintagma, “La familia policial”. Asimismo, se repite la metáfora de los policías como mártires y su interdiscursividad con el mito de la nación católica en el empleo de la expresión “Estos mártires del orden caídos en el cumplimiento del deber”. Retorna así la tradición retórica de la oración fúnebre (estaba también presente en el sintagma “ofreciendo generosamente la sangre de sus mártires” del citado mensaje de despedida) que, como sostiene Pernot (2014), tiene un poderoso contenido ideológico de legitimación de dar la vida por la Patria –en el contexto dictatorial de Ricchieri el hincapié está en el “orden”–, de construir una identidad colectiva valorada y de la exaltación, en este caso, de la policía bonaerense.

En el marco conmemorativo del Día de la Policía Bonaerense, en el discurso epidíctico del general Ricchieri sobresale la argumentación por el ejemplo tomado de la historia. Como se sabe, Aristóteles plantea en su *Retórica* (I 2, 1356b) que el ejemplo (*parádeigma*) es un tipo de prueba técnica por el *lógos* que constituye una inducción retórica. Asimismo, sostiene que se establece un hecho particular por uno o numerosos hechos particulares semejantes que se relacionan con la misma idea general. El ejemplo, agrega, es de dos especies: una consiste en citar hechos pasados, la otra en crearlos uno mismo (parábola y fábula) (*Retórica* II 18, 1393).

El general Ricchieri apela al ejemplo tomado de la historia y subsume la generación del 80 del siglo XIX y la generación en la que él se integra en una misma idea general, la de que hay generaciones que forjan la nacionalidad y la grandeza de Argentina:

A cien años de la consolidación de la Organización Nacional, la Policía de la Provincia de Buenos Aires celebra hoy su día (...) Vaya pues nuestro homenaje a aquella “Generación del 80”, forjadora de una nacionalidad que ha perdurado en el tiempo y que permitió, a principios de este siglo, colocar a la Argentina entre las más firmes promesas de la Humanidad. Nos corresponde, en consecuencia, convertir esa promesa en realidad y esa es la misión de esta

“Generación del 80”.

Sobre la elección de un ejemplo tomado de la historia, Angenot (1982) ha hecho hincapié en que nunca es inocente y que la “realidad” deviene un repertorio de preconstruidos con alta legibilidad ideológica, en este caso la generación del 80 valorada como constructora de la nacionalidad argentina.

Abiven (2016), por su parte, prioriza el interés en el ejemplo como una puesta en relación de dos casos particulares, que consiste en comparar un caso con otro caso. En este sentido, Danblon (2005) afirma que a partir de un hecho que pertenece al patrimonio compartido de una comunidad, el orador logra el éxito cuando lleva al auditorio a adherir a una interpretación o sentimiento sobre la situación en juego en el presente.

El discurso que el general Ricchieri pronunció con motivo del Día de la Policía Bonaerense compara la generación del 80 del siglo XIX con la suya del siglo XX. Mediante los deícticos “aquella” y “esta”, identifica con sus valores positivos, específicamente como “forjadora de la nacionalidad”, la generación del 80 del siglo XIX con la generación del 80 del siglo XX. El “nosotros” usado por Ricchieri incluye a los miembros de la Bonaerense pero también de modo implícito al llamado Proceso de Reorganización Nacional, que cumpliría la misión diseñada por la generación del 80 anterior.

En este discurso sobre el día del Policía Bonaerense cobra protagonismo la alabanza de Juan Vucetich,¹² presentado por Ricchieri como un modelo a seguir en el presente, a partir de lo cual vitupera al terrorismo y legitima su aniquilación:

el terrorista adopta como forma de lucha todo lo indigno, artero, solapado, innoble que pueda darse en una confrontación armada. Comienza por traicionar su bandera, reniega de su familia, se convierte en enemigo de una sociedad en la que se formó y luego, abusando de la libertad de un régimen que cree en el hombre hijo de Dios, ataca emboscado, inidentificado, mofándose de cuanta norma o convención regula la guerra para evitar los excesos. Es en consecuencia el terrorista quien fija las reglas de juego: combate sucio, despiadado, primitivo de exterminio (...) a las fuerzas del orden no les queda otro recurso que aniquilar el terrorismo como única forma de supervivencia de la sociedad que defiende...

En la cita, es notoria la amplificación, propia –dice Aristóteles (*Retórica* I 9, 1368)– del género

12 Juan Vucetich fue un antropólogo y policía de origen croata nacionalizado argentino, que puso por primera vez en práctica un sistema eficaz para la identificación de personas por sus huellas dactilares (Barreneche, 2010). En su honor, la escuela de la policía de la Provincia de Buenos Aires se sigue llamando “Juan Vucetich”.

epidíctico, mediante la cual –señala Pernot (2015, p. 87)– se enfatiza a la persona (o grupo) y a sus acciones, en este caso negativas respecto de “el terrorista”. Destaca así la enumeración, figura retórica que consiste en agrupar elementos lógicamente relacionados (Beristáin, 1995): “todo lo indigno, artero, solapado, innoble que pueda darse en una confrontación armada. (...) mofándose de cuanta norma o convención regula la convención para evitar los excesos”, “combate sucio (...) primitivo de exterminio”. Los vituperios al terrorista y los tópicos del exceso y de la guerra no convencional tienden a exculpar a las fuerzas represivas –llamadas positivamente “fuerzas del orden”– de sus prácticas ilegales y legitimar así lo que fue el terrorismo de Estado.

Otro discurso epidíctico incluido en el número especial y aniversario de *Buenos Aires Policial* es la alocución de asunción del nuevo Jefe de la Policía Bonaerense, el general Oscar E. Guerrero,¹³ pronunciada el 15 de diciembre de 1980. En ella, el general Guerrero alaba a “los muertos de esta institución” –y por extensión a todos los muertos por la misma causa que heroicamente cayeron en el cumplimiento del deber policial–. Retorna aquí también la tradición retórica de la oración fúnebre (Pernot, 2014), que legitima el dar la vida por un ideal militar y tiende a cohesionar a la comunidad dotándola de una identidad valorada. Junto con el tópico de dar la vida por el deber policial el nuevo jefe de la Policía utiliza el tópico de la defensa de la sociedad ante el ataque de la llamada “delincuencia terrorista”, de allí que afirme sobre la policía bonaerense:

desde siempre ha combatido contra los delitos que atacan a la sociedad y que, últimamente, sumándose a las Fuerzas Armadas y otras fuerzas legales ha contribuido a derrotar a la delincuencia terrorista.

En la alabanza a la policía bonaerense, el general Guerrero busca legitimar la legalidad del accionar de la institución y el de las Fuerzas Armadas ocultando ideológicamente (Eagleton, 1997) las prácticas represivas violatorias de los derechos humanos y la existencia de fuerzas parapoliciales. En efecto, por un lado representa, deshistorizándolo (Eagleton, 1997), su combate contra el delito durante la dictadura como si fuese el mismo que ha emprendido la policía en el pasado (“desde siempre”) y, por otra parte, afirma que se suma a “las Fuerzas Armadas y otras fuerzas legales”.

13 Antes de su jefatura en la policía bonaerense, Oscar E. Guerrero había ocupado un cargo de relevancia en la División Inteligencia y Operaciones del Estado Mayor General del Ejército; luego fue jefe de Operaciones del Estado Mayor del Ejército. Fue acusado por familiares del coronel Bernardo Alberte de coordinar su asesinato en 1976. Ver *Clarín*, “Derechos Humanos. La muerte del ex delegado de Perón Bernardo Alberte en 1976”, 26/03/2007. El hecho se integró a la megacausa por crímenes de lesa humanidad en el Primer Cuerpo de Ejército, ver *Página 12*, “El coronel allanado”, 19/04/2012.

El número aniversario de *Buenos Aires policial* incluye, asimismo, el breve discurso que el general Guerrero dio con motivo de la Navidad en un acto realizado frente a la Jefatura de la Policía bonaerense, el 24 de diciembre de 1980. Este tiende a cohesionar a la comunidad policial en torno al cristianismo y al cumplimiento del deber. De allí que use el sintagma “La Policía bonaerense, de tradicional esencia católica” y el tópico de dar la vida por el deber cuando se refiere a “aquellos que evocarán la ausencia del ser querido por haber entregado su vida en holocausto de la tranquilidad y la paz social”. Nuevamente retorna la tradición retórica de la oración fúnebre, que orienta a favor de dar la vida por la Patria, en este caso con hincapié en “la tranquilidad y la paz social”.

Por otra parte, el jefe policial bonaerense sostiene:

A quienes deben permanecer en sus puestos para que los demás celebren en orden, vaya el más profundo reconocimiento y la seguridad de que cumpliendo con sus deberes también estarán cumpliendo con la voluntad de Dios.

La legitimación del cumplimiento de las órdenes por parte de los policías que deben estar en funciones durante la Navidad y el sujetamiento ideológico se hacen en nombre, como propone Althusser (1971), del Sujeto con mayúsculas, en este caso Dios. Reaparece así el mito de la nación católica (Zanatta, 1999) y la supremacía del orden como valor que cohesionar a la policía bonaerense, indicado asimismo en la mención a que los policías que pueden celebrar la Navidad sin trabajar ese día lo hagan “en orden”.

Por último, el número aniversario de *Buenos Aires policial* incluye las palabras que el comisario general Bruno Trevisán pronunció el 2 de noviembre de 1980 en el día de los Fieles Difuntos. Al respecto, cabe destacar la dimensión de espectáculo que rodeó al discurso y que desde la antigua retórica se le atribuye al género epidíctico, pues la revista describe en detalle el escenario y la ceremonia en los que fue pronunciado. Primero la banda de música ejecutó el Himno Nacional, tras lo cual el capellán rezó una misa, hecho que ratifica los valores religiosos compartidos entre la Iglesia Católica y la policía bonaerense. Luego del discurso, hubo un minuto de silencio en evocación a quienes Trevisán llama “los caídos en el cumplimiento del deber”. A continuación, el Jefe y Subjefe de Policía colocaron una ofrenda floral ante el monumento erigido en la Plaza Rivadavia de la ciudad de La Plata y el acto concluyó con un desfile.

En el discurso sobre los Fieles Difuntos del general Trevisán reaparece la metáfora de los “már-

tires”, que entabla una interdiscursividad con el llamado mito de la nación católica (Zanatta, 1999). Por otra parte, afirma: “la esfera de la misión no tiene límites ni sacrificios que la excusen”. Las palabras “misión”, “mártires” y “sacrificios” integran una isotopía religiosa que busca legitimar el cumplimiento del deber, en ese contexto las prácticas represivas. Respondiendo al canon del género epidíctico en su modalidad oración fúnebre, los policías caídos son alabados por el general Trevisán y presentados como modelo ejemplar a seguir en el presente.

Conclusiones

Los discursos epidícticos analizados del número aniversario de la revista *Buenos Aires policial* perteneciente al acervo documental del archivo de la DIPBA, específicamente a lo que fue su Mesa Doctrina, manifiestan una dimensión argumentativa (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989) que predispuso a favor del cumplimiento del deber a la policía bonaerense. En el contexto de la dictadura militar, eso incluyó ejecutar prácticas represivas y violatorias de los derechos humanos. El discurso epidíctico cumplió así potentes funciones ideológicas (Althusser, 1971; Eagleton, 1997): colaboró en la construcción y unificación de una comunidad mediante el otorgamiento de una identidad valiosa, le permitió llevar a cabo una acción histórica, deslegitimó al enemigo “terrorista” e invistió imaginariamente y ocultó la ilegalidad de las prácticas y los delitos de lesa humanidad.

En el caso estudiado, se aplican las apreciaciones de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989) y de Pernot (2013, 2015) en cuanto a que el discurso epidíctico constituye un rito social que cultiva el consenso y promueve valores conservadores, aquí valores cristianos vinculados al martirio y a la defensa del llamado “mundo libre”. Retornó, asimismo, la tradición retórica de la oración fúnebre, más ligada a la griega que alababa a un colectivo, “los atenienses”, en este caso “los policías”, antes que a la romana que elogiaba a individuos (Pernot, 2013). Esta tradición de la oración fúnebre comprende una dimensión exhortativa, porque presenta un modelo de virtud e incita a imitarla.

En las alocuciones de los generales jefes policiales contempladas en este trabajo y reproducidas en el número aniversario de la revista *Buenos Aires policial*, se identifica como *tópos* más empleado uno característico del género epidíctico, el de las acciones (Pernot, 2015). Asimismo, se observa que la tristeza, una de las emociones más evocadas en este género desde la antigüedad grecorromana (Pernot, 2015), es central en la metáfora del martirio y que la metáfora de la familia tiende a

generar una afectividad positiva entre los miembros de la comunidad policial.

Por último, en vínculo con la unificación de la comunidad y en relación con la construcción de su identidad valorada, se identifica la importancia del discurso epidíctico en la conformación de la memoria (Kiewe, 2004). El ejemplo tomado de la historia como tipo de argumento cumple un papel en esta dinámica (Danblon, 2005), en el caso analizado la identificación de la generación del 80 del siglo XIX con la del siglo XX. Como señala el título del ejemplar aniversario de *Buenos Aires policial*, se trata de “La reorganización definitiva” de Argentina, tarea que, se sobreentiende, emprendía el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. De esta manera, el discurso epidíctico elogiaba respecto del pasado aquello que se aconsejaba en el discurso deliberativo para el futuro.

Referencias

- Abiven, K. (2016). L'exemplum: un modèle opératoire dans la lettre familière? *Exercices de rhétorique*, 6, 1-12.
- Althusser, L. (1971). *La filosofía como arma de la revolución* (Trad. O. del Barco). México: Pasado y Presente.
- Amossy, R. (2000). *L'argumentation dans le discours*. Paris: Nathan.
- Amossy, R. y Herschberg Pierrot, A. (2001). *Estereotipos y clichés* (Trad. H. L. Gándara). Buenos Aires: EUDEBA.
- Angenot, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot.
- Aristóteles. (1978). *Retórica* (Trad. I. Granero). Buenos Aires: EUDEBA.
- Aristóteles. (1999). *Retórica* (Trad. Q. Racionero). Madrid: Gredos.
- Barreneche, O. (2010). De brava a dura. La policía de la provincia de Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XX. *Cuadernos de antropología social*, 32, 31-56.
- Barreneche, O. (2016). Las Revistas de Policía en la Provincia de Buenos Aires, 1948-1961. En D. Galeano y M. Bretas (Coords.), *Policías escritores, delitos impresos. Revistas policiales en América del Sur* (pp. 277-298). La Plata: Teseo.

- Barthes, R. (1982). *Investigaciones retóricas I. La Antigua retórica. Ayudamemoria* (Trad. B. Dorriots). Buenos Aires: Ed. Tiempo Contemporáneo.
- Beristáin, H. (1995). *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Porrúa.
- Cassin, B. (2008). *El efecto sofístico* (Trad. H. Pons). México: Fondo de Cultura Económica.
- Cicerón. (2002). *Sobre el orador* (Trad. J. Iso Echevoyen). Madrid: Gredos.
- Clavijo, A. (2010). La formación policial en la provincia de Buenos Aires. La pastoral policial como núcleo de identidad institucional. *Actas de las VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología), La Plata. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-027/446.pdf>
- Danblon, E. (2005). *La fonction persuasive. Anthropologie du discours rhétorique. Origines et actualité*. Paris: Armand Colin.
- Danblon, E. (2013). *L'Homme rhétorique. Culture, raison, action*. Paris: Cerf.
- Ducrot, O. (1982). *Decir y no decir* (Trad. A. Hurtado & W. Minetto). Barcelona: Anagrama.
- Eagleton, T. (1997). *Ideología. Una introducción* (Trad. J. Vigil Rubio). Barcelona: Paidós.
- García, A. (1991). *La doctrina de la Seguridad Nacional*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kahan, E. (2008). ¿Qué ves cuando me ves? Los judíos en el archivo de la dirección de inteligencia de la policía de la provincia de Buenos Aires. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 47, 221-248.
- Kiewe, A. (2004). Framing Memory through Eulogy. En K. R. Phillips (Ed.), *Framing Public Memory* (pp. 248-266). Alabama: University of Alabama Press.
- McComiskey, B. (2002). *Gorgias and the New Sophistic Rhetoric*. Carbondale: Southern Illinois University.
- Meyer, M. (2013). *Principia rhetorica. Una teoría de la argumentación* (Trad. I. Agoff). Buenos Aires: Amorrortu.
- Perelman, Ch. (1977). *L'empire rhétorique. Rhétorique et argumentation*. Paris: Librairie Philosophique J. Vrin.
- Perelman, Ch. & Olbrechts-Tyteca, L. (1950). Logique et rhétorique. *Revue philosophique de la*

France et de l'étranger, 140, 1-35.

Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* (Trad. J. Sevilla Muñoz). Madrid: Gredos.

Pernot, L. (1986). Les topoi de l'éloge chez Ménandros le Rhéteur. *Revue des Études Grecques*, 99, 33-53.

Pernot, L. (1993). *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain* (Vols. 1-2). Paris: Institut des Études Augustiniennes.

Pernot, L. (2013). *La retórica en Grecia y Roma* (Trad. K. Castañeda Barrera & O. Hernández Trujillo). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Pernot, L. (2015). *Questioning the Stakes of Ancient Praise*. Austin: University of Texas Press.

Pernot, L. (2018). *L'art du sous-entendu. Histoire, théorie, mode d'emploi*. Paris: Fayard.

Quintiliano, M. F. (1944). *Instituciones Oratorias* (Trad. I. Rodríguez & P. Sandier). Buenos Aires: Joaquín Gil Editor.

Rodríguez Morales, T. (2019). La *Revista de Policía* de Buenos Aires: ¿inauguración de un género periodístico moderno? (1897-1909). *Revista Historia y Justicia*, 12, 1-29.

Ruelle, E. (2010). *Aristote: Poétique et Rhétorique*. Montana: Kessinger Publishing.

Vitale, A. (2015). *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1930-1976)*. Buenos Aires: EUDEBA.

Zanatta, L. (1999). *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

La cultura del miedo. Perspectivas retóricas

Silvia N. Barei

Universidad Nacional de Córdoba

Argentina

El siglo XXI nació, para la historia, el 11 de septiembre de 2001 cuando terroristas islamitas estrellan aviones con pasajeros contra las Torres Gemelas en Nueva York, el Pentágono en Washington y el vuelo 93 de United Airlines. Este es el mojón inicial para la “guerra contra el terrorismo” que permite a Estados Unidos atacar e intervenir en países que cree potencialmente peligrosos: Afganistán, Irak, Irán, Libia, Siria.

Estos hechos que se inscriben en el larguísimo periplo histórico de enfrentamientos entre Oriente y Occidente, tienen como respuesta en los años siguientes los atentados perpetrados por grupos radicalizados como el Estado islámico. Después de Nueva York, Londres, Madrid, París, Niza, Estocolmo, Bruselas, Marsella, Barcelona, Berlín. No cabe duda de que estos ataques han generado nuevos miedos, nuevas xenofobias y nuevas formas en las relaciones sociales.

Antes de los ataques del 11 de septiembre Bin Laden había dicho: “¡Tengan miedo!”. Y después se instauró “un nuevo miedo”, que comenzó a afectar la vida diaria de muchos sujetos en el planeta. El miedo a ser víctima de un atentado.

También el siglo XXI ha sido denominado “la era de la información”, facilitada por una tecnología que permite no solo formas de comunicación impensadas anteriormente, sino por programas de vigilancia electrónica en todo el mundo. Algo que ni siquiera Orwell había llegado a imaginar. Por ello tenemos miedo hoy a los usos y abusos de la tecnología en manos de los poderes. Miedo a los ataques cibernéticos. Miedo a que nos roben nuestros datos, nuestra identidad, nuestra magra cuenta bancaria, miedo al espionaje y a que puedan introducir en nuestro cuerpo un chip que manipule nuestra voluntad.

Para los griegos, nos recuerda Hannah Arendt (2014), la esperanza y el miedo eran pasiones

“malas”. Tanto una como otra no dejan ver la realidad tal cual es; una la idealiza, el otro la rehúye. Pero ambos son ineludibles. Son parte de nuestros sentimientos, de nuestra “afectuosa” naturaleza humana. La esperanza produce discursos idealistas y hasta utópicos y el miedo lleva al mutismo. De allí las expresiones “me paralicé de miedo”, “me quedé duro del susto”, “me quedé mudo” o, como dicen graciosamente los mexicanos, “me apaniqué”.

Los miedos construyen parte del entramado de nuestras sociedades violentas, de la incertidumbre, de lo que puede ocurrir como tremendo o como desmesurado. Las amenazas imaginarias pueden volverse reales y las amenazas reales se exageran en el imaginario. Por ello podemos hablar de creación y aparición de sujetos portadores de miedo. Configuraciones imaginarias que hacen del otro un amigo o un enemigo. Estereotipos y construcciones que se leen en los diarios, pero que están concretamente representados cada vez que encendemos un televisor para ver un Noticiero o buscamos en Internet el nombre de la última mujer o niña asesinada.

Hablando de la violencia expuesta en los medios, María José Mondzain (2016, p. 122) subraya que se trata de “la exhibición y la difusión sin límites de los gestos más salvajes frente a un público horrorizado y fascinado a la vez”.

Los miedos tienen una pasión melodramática que yo llamaría “fundante” si no fuera porque este adjetivo remite a un origen nunca comprobable. Pero puedo imaginar a un pequeño grupo de homínidos, reunidos en una cueva protectora, a la luz de un fuego mantenido siempre vivo para evitar el ataque de las bestias. Puedo escuchar entonces, al joven cazador relatando más con gestos y sonidos guturales que con palabras, su enfrentamiento con un tigre *dientes de sable*. ¿Qué otros hombres habrán querido estar en su lugar, qué mujeres lo habrán admirado, qué niños se habrán imaginado ser como él? ¿Qué miedos les causaría un mundo hostil y desconocido y su vulnerabilidad a diario manifiesta? ¿Qué estructura de sentimientos, que ahora llamaríamos atávica, funda este relato y muchos otros que aún persisten en la actualidad?

No habría miedos si el miedo no fuera también necesario a las sociedades: para su supervivencia y para su amordazamiento, el miedo es un instrumento cultural. Y si no se asentara, básica y fundamentalmente, sobre una matriz retórica.

Cultura y Retórica

Hay que subrayar que nuestra idea de base es que la retórica es un modo de funcionamiento de nuestro cerebro (formas de cognición), de nuestros lenguajes (retóricas de los discursos sociales) y de nuestras culturas (retórica de la cultura). Entendemos que estas perspectivas están implicadas a partir de un principio al que los teóricos han llamado el “universal antropológico” (Arduini, 2000, p. 46), “asociaciones modelizantes de la conciencia humana” (Lotman, 2001, p. 127) o “universo retórico” (Crick, 2010, p. 29), nociones que permiten reforzar nuestra idea de que todo texto está codificado en el sistema cultural de un modo retórico.

Se trata, por lo tanto, de considerar a las culturas en su “orden retórico” (Barei, 2008, p. 9), es decir, en sus diferentes modulaciones y géneros en tanto dimensiones integradas en un sistema mayor, que se advierte cada vez más complejo en tanto más porosos sean los sistemas culturales y más expuestos a su transformación en procesos en los que pueden modificarse los contextos y las formas de comunicar.

Hablamos de una pluralidad de terrenos en los cuales las formas retóricas operan como los fractales: la conexión ocurre en diversos niveles y cada zona lo registra de una manera retorizada equivalente y, a la vez, diferente.

En trabajos anteriores (Barei et al., 2008, 2009, 2012, 2013, 2017) con el Grupo de Estudios de Retórica (GER) hemos desarrollado la teoría de que no solo los textos y sus diferentes tipologías pueden ser estudiados desde una perspectiva retórica, sino que toda la cultura abordada de un modo complejo puede ser comprendida retóricamente.

Es por ello que en esta perspectiva teórica hemos considerado que el orden de la cultura es un orden retórico (ya sea que este orden se manifieste como una dominante científica, mítica, estética o de la vida cotidiana) entendiendo que todos sus textos están constituidos por una matriz trópica profunda.

(...) al considerar el funcionamiento metafórico del lenguaje en sus condiciones históricas de producción y circulación y en contextos culturales particulares, creemos que se hace necesario inscribir la retórica del lenguaje en la retórica de la cultura (...) debido al doble carácter de los lenguajes de esta última: valor cognitivo y acentuación ideológica funcionando simultáneamente. (Barei, 2008, p. 12)

Atendiendo a las figuras, y en primera instancia, nos detuvimos particularmente en el estudio de

las metáforas no como un tropo sino como una construcción cognitiva e ideológica y, por lo tanto, como forma central de reconocimiento y comprensión del mundo. Pensamos el modo de funcionamiento de las metáforas en un orden particular: un *orden metafórico* que se articula estrechamente con el orden retórico de la cultura.

Es en este sentido que todo “giro tropológico” (por decirlo en términos de Ernesto Laclau, 2014) permite inscribir la lectura de los textos de la cultura en una perspectiva diacrónica considerando que, desde una misma matriz productiva, desde un mismo orden retórico, se construyen en diferentes lenguajes (el cine, la literatura, la fotografía, la historieta, los videojuegos, las series televisivas, los discursos políticos, las noticias, etc.). Son formas retóricas en tanto sistemas modelizantes que atañen tanto a lo preverbal como a la construcción de lenguajes culturales más complejos, desde lo no verbal a lo verbal y sus modulaciones textuales y, más contemporáneamente, las retóricas de la virtualidad.¹

Analizar la cultura en una perspectiva retórica implica pensar no en un solo modelo de comunicación y de modelización para cada tipo de discurso sino entender que la multiplicidad de codificaciones retóricas ocurren compleja, simultánea, integralmente y operan en diferentes niveles de intersección.

Estamos hablando de textos que circulan en una cultura, que hablan el lenguaje de esa cultura aún en diferentes formatos y tópicos y en contrapuntos y colisiones. Un buen ejemplo que solo cito brevemente es el Discurso de los Derechos Humanos en la Argentina de los 90: un discurso central en la vida cotidiana, en las manifestaciones políticas, en el arte, en el orden jurídico y religioso, en las arengas partidarias, en nuevos descubrimientos de la antropología forense, etc. En estos discursos pueden leerse relaciones sintagmáticas, consignas metafóricas basadas en la puesta en discurso de las llamadas por entonces “Leyes de Olvido y de Perdón” y las contrametáforas de los organismos de Derechos Humanos de “Ni olvido ni perdón”, combinatorias antitéticas de dos posiciones diferenciales sostenidas en un mismo estado de la cultura.

1 En momentos más recientes de nuestra investigación, hemos expandido el dominio de la Retórica de la cultura a la Biorretórica en tanto campos de estudio de mecanismos trópicos equivalentes en el mundo natural y el mundo cultural, ya que la Biorretórica se ocupa de las “situaciones universales de comunicación que competen a todas las formas de vida” (Pain, 2002, p. 755). Es decir, ambos —el mundo natural y el social— pueden considerarse “mecanismos generadores de textos” (Barei et al., 2013). Al respecto pueden consultarse los textos de Kull, Pain, Hoffmayer, Noth y otros, en la compilación y traducción realizada por nuestro grupo: Arrizabalaga, M. I. (Comp.). (2014). *Semiótica de la cultura/Ecosemiótica/Biorretórica*. Traducciones del Grupo GER. Córdoba: Ed. Ferreira-UNC.

El mismo tópico, pero diferentes retóricas (percepción cognitiva, contenidos ideológicos y construcciones formales) que tienen una significancia cultural central ya que una estructura significativa aún modulada en modos diversos, preserva las asociaciones con un contexto cultural polarizado.

Tal es lo que señala Arduini cuando dice que la razón retórica es ideológica:

mostrar qué hay bajo la duplicidad del decir significa (...) desvelar la ideología que subyace a los comportamientos y cómo comportamientos e ideología están estrechamente vinculados (...). No se puede salir de la ideología así como no se puede salir de la retórica. (2004, p. 39)

Cuando hablamos de relaciones dentro de un sistema hablamos de su constitución espacial –concreta y simbólica–, de su espesor histórico, de sus mecanismos de información, de sus formas de memoria, de comunicación, de circulación y de legitimación de los sentidos. Y de su andamiaje retórico.

Emociones

En esta perspectiva el miedo no es solo una emoción personal –yo tengo miedo a... (las brujas, los monstruos, los marcianos, los muertos vivos, los muertos muertos, la chancleta de mi mamá, la maestra de matemáticas)–, sino un problema social que atraviesa grupos y clases de diferente manera ya que la moral, las tradiciones, los imaginarios son diferentes entre los grupos y las clases sociales basados en experiencias de vida comunitaria también diferentes. Conecta con imaginarios y hábitos afectivos de raigambre histórica y se modeliza en retóricas diferentes.

Antonio Damasio (23 de abril de 2008) nos dice que en principio el miedo es un sentimiento que se transforma de manera compleja en una emoción (escucho un ruido, me asusto, decido tomar un revólver). El conjunto de reacciones ante un sentimiento como el del miedo construyen la emoción del miedo.

En una de sus cartas a Milena, Franz Kafka le dice: “el miedo es realmente peculiar: desconoces sus leyes internas. Solo conozco su mano en mi garganta” (2008, p. 86).

Justamente son los neurocientíficos los que están tratando de explicar estas leyes –si las hubiera– pero cualquiera de nosotros ha experimentado alguna vez esa sensación de ahogo causada por el miedo, la metáfora de la “mano en la garganta” utilizada por el escritor checo.

Se sabe también que esta emoción individual puede convertirse en “emoción social”. Este plan-

teo nos sirve de base porque una conceptualización retórica del miedo debe entenderse como un sistema de relaciones y de modelizaciones dentro del sistema más vasto que constituye una semiósfera, un espacio socio-semiótico. Dentro de ese espacio los hechos concretos y también las emociones pueden impulsar cambios históricos y culturales dado el momento complejo en que algo o alguien deviene imagen del miedo (las brujas, los ogros, los lobos, los indios, los gitanos, los asesinos seriales, los muñecos vivientes, etc.).

Desde una postura del cuerpo (cerrar los ojos, agarrarse la cabeza, encogerse, huir, paralizarse), hasta asustarse con un relato, con una sombra, con un animal (muy propio de los miedos infantiles) o sentirse amenazado por lo que en las culturas actuales se llama “inseguridad” (se puede ser asaltado, violado, asesinado a cualquier hora del día y en cualquier lugar), todo lo que se ha vuelto una emoción colectiva se hace visible a través de informaciones y de imágenes retorizadas de manera particular.

El cine ha impuesto, por ejemplo, imágenes del miedo, el terror, el pánico que están fuertemente incorporadas a nuestra cultura: la sombra del Nosferatu con largas uñas subiendo una escalera (Murmau, 1922), la mujer acuchillada tras la cortina transparente del baño (Hitchcock, 1960), el asesino serial con una máscara sobre el rostro (el Hannibal Lecter de Ridley Scott, 2001), las adolescentes y la cinta de video maldita de *La llamada* (Gore Verbinski, 2002), etc.

Pero mientras con el cine nos sabemos en el plano de la ficción, en el caso de otros textos (científicos, jurídicos, periodísticos) no ocurre lo mismo porque narran historias, sucesos, experiencias y experimentaciones marcados por sus índices de referencialidad.

En el centro del funcionamiento democrático están, lo sabemos, los medios impresos, la blogosfera o la twitteresfera, nuevos espacios semióticos con sus nuevas estrategias retóricas, donde priman los lugares comunes, el conflicto y las emociones.

Tomo sin detallar particularmente fragmentos de los diarios argentinos *La Nación*, *Página 12* y *La Voz del Interior* (Córdoba) a propósito de diferentes sucesos, entre 2018 y 2019, citas retorizadas que hablan especialmente del miedo: “Asalto con armas: el mayor miedo de la sociedad”, “No es el fantasma tecnológico lo que atrapa la imaginación de los pibes, sino el miedo a la calle”, “Las víctimas no denuncian por miedo al reproche social”, “Revive el miedo en la Argentina a propósito del FMI”, “Lionel Messi no quiere volver a vivir en la Argentina por miedo a la inseguridad”, “Ex-

titular de la UIA: en el kirchnerismo los empresarios tenían miedo de que los intervengan y denuncien”, “Utilizarán el miedo como eje de su campaña tanto en seguridad como en lo financiero”, “El migrante termina siendo puesto en el lugar del indeseado, del sospechoso, del que hay que cuidarse, al que hay que temer”, “miedos, reproches y la urgencia de Macri por revivir el optimismo”, “a la hora de votar el miedo será mayor que la decepción”, “tenía miedo a la verdad de reconocer que mi padre era un genocida”, “En el barrio San Cayetanito abunda el miedo”, etc.

Estas breves citas ponen sobre el tapete conflictos históricos en nuestra sociedad pero, asimismo, el proceso de formación de nuevas diferencias dentro de una semiosfera que hace hincapié en una especie de extrañeza intracultural y de conflictos entre los sujetos que juegan en el campo de la visibilidad pública, de la denuncia y de las identidades/alteridades nacionales. Y por supuesto, su grado de manipulación en distintos discursos. Como ejemplo recordamos que la expresión que más escuchábamos y leíamos en algún momento particular de la historia de la Argentina (elecciones presidenciales de 2019) es la denominación: “La campaña del miedo”.

Algunas consignas, de naturaleza metafórica, tinte admonitorio y límites difusos de circulación, construyen un campo semántico invadido de ambigüedades pero altamente productivo. Y en las pantallas estos enunciados están graficados por imágenes de alto contenido metafórico que muestran hasta el exceso aquello que puede “dar miedo”. O sea, que convoca a una emoción colectiva.

Veinte/veinte

Uno puede preguntarse concretamente: ¿qué miedos tienen hoy los hombres y mujeres del mundo occidental? A los atentados, al cambio climático, a los inmigrantes, a lo que se denomina “inseguridad”, al mal uso de la tecnología, a la fragilidad de los sistemas políticos y económicos. Es decir, a la fragilidad de la democracia. Cada grupo, cada país, pone el acento en alguno de ellos. América Latina no se priva de ninguno. Y 2020 sumó el miedo a la enfermedad.

Es cierto, las cosas no estaban bien cuando comenzó a circular el Covid por el mundo, algo que encarna una realidad invisible que, sin embargo, tiene poder sobre la vida. La única comparación son otras pandemias a las que se mira como si hubieran sido un borrador o categoría de repetición del peso del pasado en analogías bastante forzadas.

La realidad económica actual se ve devastadora, la pobreza ha aumentado en el mundo, muchos

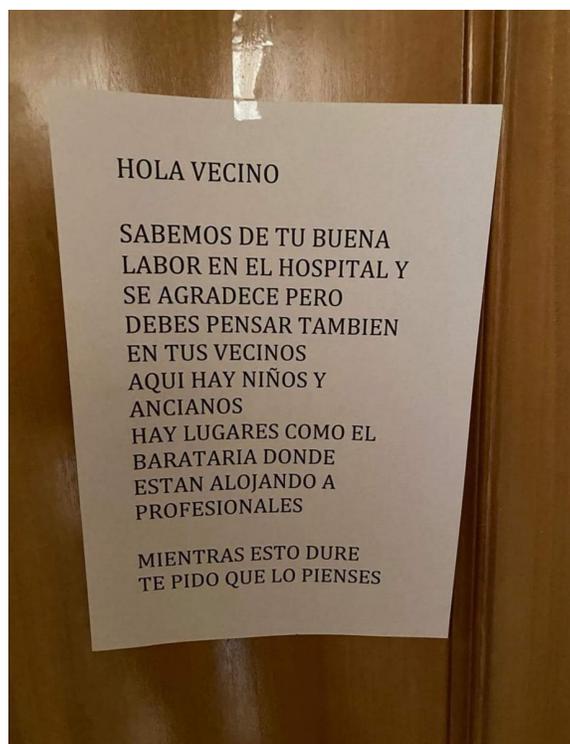
puestos de trabajo se han perdido, hay negocios cerrados por miles y la destrucción ecológica no se ha detenido, aunque parezca lo contrario.

Si recopilamos datos de los diarios argentinos en este extraño 2020, encontramos un orden retórico en el que dominan dos campos, el de la salud y el de la economía, centrados en figuras y “operaciones de figuras” (Barthes, 2018, p. 65) entre las que destacan las metáforas que muestran que el lenguaje literal (incluso el pretendidamente objetivo de la ciencia) no solo es permeable a la figurativización sino insuficiente para explicar las condiciones actuales del mundo y los caminos a seguir. Y señalar, por cierto, el camino a seguir ya es hablar en metáforas, aunque cada país piense en caminos diferentes para salir de esta encrucijada en la que la pandemia o sindemia, como la llaman algunos médicos, ha puesto al mundo.

Jorge Lozano (4 de abril de 2020) ha señalado en una entrevista que en términos de un análisis de la cultura estamos “en un momento explosivo (...) lo que era cotidiano es visto como excepcional. Es un momento casual, imprevisible, que hace saltar cualquier causalidad y que ubica el futuro como espacio de estados posibles con dos pasiones al menos: el miedo y la espera”.

La pandemia –que ahora algunos científicos entienden como sindemia, es decir, una alianza compleja de varias enfermedades– nos trajo además del miedo, el silencio terminal de los que se han ido, el aislamiento que da el exiguo contacto con el mundo, la disparidad entre las intenciones de los gobiernos y la realidad, la manipulación de la información, la indiferencia de algunos/algunas, la notable distribución asimétrica de los derechos a la salud y la comida, la profundización de la violencia doméstica con sus abusos y femicidios, el sentimiento de discontinuidad entre el lenguaje y el mundo.

En el orden amplio de lo social la percepción del otro/la otra como enfermo, o al menos como posible contagiante, establece relaciones simbólicas que acuerda una forma intersubjetiva de nombrar y de dirigirse al otro que incrementa temores e impone *rótulos* y categorías (parece haber vecinos buenos y malos, peligrosos y posibles víctimas) como parte del entramado de nuestras sociedades amedrentadas, de la incertidumbre, de los temores.



Mensaje que un vecino dejó a un médico, Jesús Monllor, en la puerta de su casa en Alcázar de San Juan (Ciudad Real, España, 11 de abril de 2020).

Como puede leerse claramente en el cartel de advertencia hacia médicos y enfermeros, la pandemia mundial ha habilitado la paranoia: la creación y aparición de sujetos portadores de miedo y de metáforas del miedo.² Configuraciones imaginarias que hacen del otro un amigo o un enemigo. Estereotipos y construcciones que se leen en los diarios y que están concretamente representados cada vez que encendemos un televisor para ver un Noticiero o buscamos en Internet los datos de los últimos contagiados o muertos.

La Retórica pensada en clave cultural define un campo de problemas, un territorio atravesado por la visibilidad mediatizada, una dimensión pasional de las relaciones entre el sujeto y el mundo, el sujeto y otros sujetos del mismo y a la vez fragmentado espacio social. Y esos sujetos pertenecen muchas veces a estratos diferentes de la cultura. Lo que se advierte como peligro provoca una

² Mensaje recuperado de <https://www.20minutos.es/noticia/4224460/0/vecino-pide-medico-marche-casa-te-pido-pienses/>

gradación en estos estratos sociales, gradación que se expresa en lenguajes que van del temor al miedo, del pavor al pánico y hasta el terror.

Henry Giroux (2010, p. 307) señala: “las preguntas profundas acerca de quién va a vivir y quién va a morir en esta sociedad están ahora determinadas centralmente por la raza y la clase”.³ Ello es claro cuando miramos las estadísticas de quiénes son los más contagiados, quiénes acceden a los servicios de salud, quiénes pueden hacer cuarentena en su casa, quiénes necesitan de manera urgente la asistencia del Estado.

“A virus revuelto, ganancia de chantas”, tituló un diario en una notable proliferación de metáforas usadas por medios impresos como *Página 12* y *La Nación*, para referirse al Covid-19 y sus efectos colectivos: “misterio del mal y del sufrimiento”, “vivir en un estado virtual de hibernación”, “transitar un camino lleno de trampas”, “un golpe impiadoso en el corazón del mundo”, “argentinos a la deriva”, “lo único que se persigue es causar miedo”, “estamos ante el miedo de un cisne verde”, “el miedo al mal y al sufrimiento”, “política mata peste”, “es una tercera guerra mundial sin balas”, etc.

A medida que transcurre el año y esta situación de pandemia o sindemia, advertimos que las retóricas con que la cultura define sus parcelas, se van como especializando. Señalamos varios órdenes retóricos claves para definir el movimiento creador de principios estructurantes de estos órdenes que calan fuerte en el humor social:⁴

Orden sanitario: se corresponde con las advertencias y cuidados con los que la ciencia advierte a la población: “después de un prolongado letargo se encendieron las alarmas”, “no se puede seguir jugando con los bigotes del león”, “la enfermedad no espera y está dando su respuesta”.

Orden político: da cuenta de las pugnas ideológicas de una sociedad y de los modos de ejercicio del poder. “Hay preocupación pero no flagelación”, “semana de cortocircuitos y barquinazos”, “el jueves no resolverán el crucigrama”, “el capitalismo descarriló”.

Orden económico: da cuenta de la gestión económica de un gobierno proyectado hacia políticas de mercado. “Guzmán tiene lista la alfombra roja para recibir el FMI”, “una discusión de Excel que ignora la realidad”, “aplican la teoría de las ventanas rotas”.

3 La traducción me pertenece.

4 Las citas textuales que siguen a continuación fueron tomadas de los diarios argentinos *La Nación*, *Página 12* y *La Voz del Interior* (Córdoba) en el año 2020.

Orden social: estructura social constituida por personas e instituciones. “Las conductas incivilizadas se contagian”, “echar a andar una sociedad”, “el país queda a la intemperie”, “las sociedades se enfrentan a una ferocidad inédita”.

Orden estético: se corresponde con la forma de ver el mundo de los artistas. “La belleza es un refugio” (Gachi Hasper), “es el mundo el que ahora reposa” (Guillermo Kuitca), “hemos de atar la luz a la cintura de la lengua” (Rodrigo Balam).

Orden de lo personal y lo íntimo: implica una intensificación de estados emocionales. “Señor, detén este monstruo”, “lo cuidamos como en una caja de cristal”, “quedamos en standby”, “no hay que bajar los brazos”.

Todos estos órdenes forman parte de un orden mayor al que hemos llamado Retórico, dan cuenta de formas de lo real, prácticas, imaginarios, afectividades e ideologías justo en el momento en que una cultura se está transformando ante nuestros ojos o bajo nuestros pies, por usar metáforas cotidianas. Y lo hace también transformando sus retóricas.

Pensar cómo funcionan los diferentes órdenes retóricos articulados permite reflexionar a partir de operaciones y conceptos para entender los sucesos más contemporáneos en tanto el lenguaje figurado es soporte de emociones y experiencias. Justamente este momento histórico se precipita en formas retóricas que resultan adecuadas para dar cuenta de él incluyendo la fractura misma que constituye la pandemia o sindemia, y los miedos y zozobras que produce.

En su conjunto, todas las formas del lenguaje figurado que encontramos en los discursos sociales (metáforas, metonimias, personificaciones, epítetos, hipérbolos, comparaciones, anáforas, etc.) constituyen el orden retórico sobre el que se sostiene la sensación colectiva de inquietud, miedo, zozobra, desconfianza, desaliento, temor.

“Cuando tenés un martillo, todos los problemas tienen forma de clavo” titula el diario *La Nación* una nota del domingo 4 de octubre, utilizando el refranero para hacer un análisis político-económico. Para seguir con el refranero, este gesto se llama “echar más leña al fuego”, o “mal de muchos, consuelo de tontos”. Hay razones ideológicas por las cuales este diario no titula por ejemplo: “Cuando tenés un martillo, podés arreglarle el techo al vecino”.

Esto plantea un interrogante inmediato: qué hacer entre nosotros, cómo pensarnos, decirnos e integrarnos con el otro/la otra. Es decir, cómo plantear un universo retórico cuya potencialidad

ética y creativa nos lleve a interrogarnos sobre la posibilidad de un lenguaje donde las emociones, las propuestas a futuro, las argumentaciones positivas sean referente para todos los que integramos la *pólis* democrática.

Referencias

- Arduini, S. (2000). *Prolegómenos a una teoría general de las figuras*. España: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- Arduini, S. (2004). *La ragione retorica*. Rimini: Ed. Guaraldi.
- Arendt, H. (2014). *Hombres en tiempos de oscuridad* (Trad. C. Ferrari de Perinotti). Barcelona: Ed. Gedisa.
- Barei, S., Molina, P. et al. (2006). *El orden de la cultura y las formas de la metáfora*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Barei, S., Leunda, A., Molina, P., Gómez Ponce, A. et al. (2008, 2010, 2012). *Cuestiones Retóricas. Cultura y formas de vida* (Vols. I-VII). Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-Universidad Nacional de Córdoba.
- Barei, S., Leunda, A. y Gómez Ponce, A. (2013). *Cuestiones Retóricas. Cultura y formas de vida* (Vols. I-II). Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-Universidad Nacional de Córdoba.
- Barei, S. et al. (2013-2014-2015, 2016). *Seminario de Verano. La pregunta por lo humano. I-II-III*. Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-Universidad Nacional de Córdoba.
- Barei, S. (2020). Trilogía. O de cómo no naufragar. En N. Specchia y J. Ortega (Eds.), *El crepúsculo de las simples cosas. Lecturas esperanzadas y lecturas críticas para un Sur en pandemia* (pp. 192-201). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Barthes, R. (2018). *Investigaciones retóricas I. La Antigua retórica. Ayudamemoria* (Trad. B. Dorrriots). Buenos Aires: Ed. Tiempo Contemporáneo.
- Crick, N. (2010). *Democracy and Rhetoric*. Columbia: University of South Carolina.
- Damasio, A. (23 de abril de 2008). Antonio Damasio: El cerebro, teatro de las emociones/Entrevistador: Eduard Punset. Recuperado de <https://www.intramed.net/contenidoover.asp?contenido=45095>

- Giroux, H. (2010). The Biopolitics of Disposability. En U. Linke & D. Smith (Eds.), *Culture of Fear. A Critical Reader* (pp. 304-312). New York: Pluto Press.
- Kafka, F. (2008). *Cartas a Milena* (Trad. N. Mendilaharsu de Machain). Buenos Aires: Ed. Losada.
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lotman, I. (2001). *The Universe of Mind*. New York: IB Taurus and Co.
- Lotman, I. (2008). Caza de brujas. La semiótica del miedo. *Revista de Occidente*, 329, Fundación José Ortega y Gasset, 10-33.
- Lozano, J. (4 de abril de 2020). Vivimos un momento explosivo, confinados lo cotidiano es visto como excepcional/Entrevistador: Javier Durán. *La Provincia*, España. Recuperado de <https://www.laprovincia.es/dominical/2020/04/04/vivimos-momento-explosivo-confinados-cotidiano-8258989.html>
- Mondzain, M. J. (2016). *¿Pueden matar las imágenes?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Pain, S. (2013). De la biorretórica a la zoorretórica (Trad. Grupo de Estudios de Retórica, Universidad Nacional de Córdoba). En M. I. Arrizabalaga y S. Barei (Eds.), *Semiótica de la cultura/ Ecosemiótica/Biorretórica* (pp. 123-133). Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-Universidad Nacional de Córdoba. (Artículo original From biorhetorics to zoorhetorics publicado en 2009, *Sign Systems Studies*, 37, 3/4, 498-508).

Tierras salvajes. Orden retórico y videojuegos bélicos

E. Pablo Molina Ahumada

Universidad Nacional de Córdoba

Argentina

Nunca es beneficioso para una nación dejar que una operación militar se prolongue por mucho tiempo.

(Sun Tzu, *El arte de la guerra*, 2008, p. 28)

La guerra y su orden retórico

La guerra es quizá una de las invenciones más antiguas que conoce la humanidad. Representarla, convertirla en una narración aleccionadora y memoriosa acerca de las proezas, los linajes y los bandos ha constituido la matriz de la épica y el principio germinador de muchas naciones y Estados. De hecho, tal como apunta Martín Kohan en *El país de la guerra* (2014), indagar sobre el origen de ese relato fundante o “mito de origen” nacional que es la guerra es menos interesante que preguntarnos acerca de su eficacia para persuadir y para administrar la vida afectiva de los grupos sociales mucho tiempo después, aquello que en términos de Sarah Ahmed (2015) podríamos concebir como un uso político-cultural de las emociones o una administración de la economía afectiva de las sociedades para impulsarlas a temer u odiar.

El arte de la guerra, según Sun Tzu, se basa en el engaño de hacer creer al oponente otra cosa distinta a lo planeado, escamotear la verdad de la propia estrategia tratando de anticipar (y anular) la estrategia del enemigo. Pero también implica el trabajo de construir al enemigo y las razones de esa enemistad, de persuadir a la acción de matar o al convencimiento de que la propia muerte tiene sentido desde un horizonte de expectativas colectivas. Los textos *sobre y para* la guerra resultan por ello instrumentos interesantes para ser analizados porque hacen verosímil y persuaden a través de mecanismos que no solamente se materializan en el conjunto de recursos y formas de organización retórica de esos textos, sino que los exceden y remiten a formas de regularidades del

sistema cultural concebido en su conjunto. Es decir, esos textos son válidos y funcionan por estar sumergidos en un contexto cultural más amplio que habilita esas retóricas porque las reproduce en múltiples lugares del sistema: eso los hace no solamente legibles, sino eficaces.

Tomamos el concepto de “texto” desde la mirada amplia y hospitalaria de la semiótica de la cultura de Iuri Lotman (1996b), que lo entiende como aquella unidad semiótica compleja que deriva su significación no de elementos puntuales compositivos, sino de las relaciones con el resto de textos y sistemas de signos que conforman la esfera de significados en la cual esos textos están inmersos: una *semiosfera* (Lotman, 1996a). Es decir que el texto no es un elemento atomizado, sino una zona de condensación informativa que requiere, para adquirir sentido, de esta inmersión en el vasto sistema de la cultura.

Cada texto es el resultado de un complejo proceso de construcción cuyo principal efecto es la comunicación de determinado “modelo de mundo”, es decir, los textos “modelizan” la realidad según las posibilidades retóricas y semióticas del sistema codificante desde el cual han sido construidos (el arte, la ciencia, la política, la teoría militar, etc.) (Lotman, 1982). La guerra, en este sentido, es un texto de presencia constante en la cultura aunque codificado de manera diversa según los sistemas significantes disponibles en cada momento y vehiculizando distintos modelos de mundo, según las condiciones de legibilidad y verosimilitud de cada época en particular.

Como se ve, entre texto y cultura hay una profunda relación que permite leer formas complejas del sistema en la retórica de los textos y formas retóricas recurrentes en los textos que se repiten en múltiples zonas del sistema cultural. Este proceso de construcción de sentido, que define para Lotman las formas de “retorismo” de una cultura dada, es el mecanismo básico a partir del cual Silvia Barei (2008) y el Grupo de Estudios de Retórica (Barei et al., 2008-2012) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) desarrolló el abordaje de textos a partir de una “retórica de la cultura”. Según esta noción, existen lógicas de organización semiótico-estructural dominantes en todo sistema cultural que orientan la construcción de determinados textos cuyo objetivo fundamental es garantizar la repetición de información para el sostenimiento de un orden cultural. Este mecanismo de organización y reproducción informativa, que regula la aparición de textos “análogos” en cuanto a la información cultural que transmiten, constituye lo que Silvia Barei (2008, p. 13) denomina un

“orden retórico de la cultura”.¹

A través de la noción de “orden retórico”, que expande la pregunta lotmaniana acerca del “retorismo”, se hace visible entonces la profunda imbricación entre mecanismos de los textos y procesos del sistema cultural, de modo tal que no se trata de mecanismos independientes sino conectados a partir de elementos concretos como, por ejemplo, los tropos. Siguiendo este razonamiento, un “tropo” retórico no es solamente una figura textual o un ornamento estilístico, sino un punto de articulación con otros lenguajes y niveles del sistema cultural. La recurrencia de la metáfora de Prometeo, por ejemplo, en distintos textos románticos durante el siglo XIX, ya sean literarios, científicos o políticos, se explica desde esta perspectiva a partir de la idea de un “orden retórico” dominante que replica y expande esa metáfora a lo largo de diversos textos y lenguajes, precisamente porque esa metáfora resultó eficiente para condensar gran cantidad de información cultural en ese momento (la supremacía del yo, la visión técnica acerca del mundo y la naturaleza, el dominio de la razón y la ciencia, etc.).

Según Lotman (1996c), el tropo hace visible un fenómeno de colisión entre modalidades de codificación disímiles que genera nueva información a partir de la situación de disimetría informativa en ese encuentro. Para Lotman, en toda situación dialógica coexisten siempre al menos dos sistemas diversamente estructurados que intercambian información entre sí. La traducción exacta entre ambos es imposible y surge entre ellos “una equivalencia aproximativa y condicionada por determinado contexto psicológico-cultural y semiótico, común a ambos sistemas” (Lotman, 1996c, p. 85). El “tropo semántico” vendría a ser la expresión de esa situación de intraducibilidad y “oscilación semántica” entre elementos en relación dialógica. Desgastada esa “oscilación”, nos encontramos ante tropos fosilizados, que solo genéticamente podrían ser reconocidos como retóricos. Para Lotman, entonces, el tropo nace de esa asimetría y funciona del mismo modo que la conciencia creadora: “es un mecanismo de generación de plurivocidad semántica, un mecanismo que introduce en la estructura semiótica de la cultura el grado de indefinición que esta última necesita (...)” (Lotman, 1996c, p. 129).

Un orden retórico de la cultura expresa el conjunto de regularidades trópicas que dan cuenta de

1 Para un desarrollo más extenso de la perspectiva del GER remitimos al conjunto de estudios en la colección *Cuestiones retóricas* (Barei et al., 2008-2012) y a Leunda (2013), además del Dossier Temático “Retórica de lo heroico. Abordajes desde la Retórica de la Cultura”, publicado en *Rétor*, 5(1), junio 2015.

las dominantes de sentido en un momento dado y que justifican asimismo el conjunto de recurrencias a nivel retórico que se materializan en los textos y las formas coincidentes de modelización de la realidad que ellos comunican, incluso si están codificados en diferentes lenguajes. Son esos tropos, organizados en redes de regularidades retóricas bajo la forma de cadenas o constelación (Barei y Molina Ahumada, 2015), los que permiten caracterizar al sistema cultural y prever recurrencias de sentido susceptibles de aparecer en los textos que circulan por ese sistema.

En este sentido, aplicando esta noción al momento contemporáneo, es válido preguntarse qué implicancias retóricas impuso la declaración de guerra al terrorismo por parte de EE. UU. tras los atentados de 2001, una declaración de guerra sin término y contra un enemigo difuso. ¿Qué recurrencias y regularidades trópicas contribuyeron a naturalizar esa modelización de la realidad?

La declaración de guerra al terror por parte del presidente estadounidense George W. Bush en 2001 inaugura una forma de comprensión de la guerra como actividad constante contra un enemigo ubicuo, lo que justificó la ampliación del campo de batalla y de la vigilancia a nivel planetario. La vida cotidiana, no solo la estadounidense sino la de cualquier persona en cualquier lugar, se fragilizó bajo la inminencia de un “estado de excepción” capaz de suspender derechos fundamentales y borrar límites y fronteras entre los Estados si fuese necesario. La guerra devino una experiencia cotidiana, objeto banalizado de una “New American Way of War” (Caldwell y Lenoir, 2016; Dyer-Witherford y de Peuter, 2009, pp. 99-102).

La estructura narrativa de la guerra al terrorismo como relato político se basa en la escenificación del enfrentamiento entre fuerzas irreconciliables y bipolares (normalidad vs. marginalidad, identidad vs. otredad), según señala el antropólogo R. Bartra (2007). Esos “mitos bipolares” son creados y utilizados por algunos Estados (como EE. UU.) para legitimar su propia consistencia democrática a partir de la construcción imaginaria de “un escenario omnipresente donde se enfrentan la civilización occidental democrática avanzada y, por otra parte, un amplio imperio maligno de otredades amenazantes, primitivas y fanáticas” (Bartra, 2007, p. 19). Mediante la construcción de estas complejas redes imaginarias de terror al otro, esos Estados logran aplacar contradicciones y rebajar la intensidad de conflictos sociales internos, estimulando a su vez procesos cohesivos en contra de esas otredades (Bartra, 2007, p. 29).

Lo particular es que a partir del 11 de septiembre de 2001, la guerra ya no es un evento sino un

estado cotidiano; ya no un suceso sino una atmósfera y un territorio de experiencias, un “campo de guerra” que según González Rodríguez (2014, pp. 60-61) “abarca y penetra todo, desde la escala molecular de la ingeniería genética y la nanotecnología hasta los sitios, espacios y experiencias cotidianas de la vida urbana, las esferas planetarias del espacio tangible y el ciberespacio inmaterial de alcance global”. Así lo postula la doctrina militar propuesta por la Junta de las Fuerzas Armadas de EE. UU. en su documento *Joint Vision 2020* (JCOS, 2000), donde definió como su principal objetivo para los próximos años lograr una “dominancia de espectro total” (“full spectrum dominance”) según la cual el ejército de los EE. UU. debía constituirse como una fuerza militar “persuasiva en tiempos de paz y decisiva en tiempos de guerra”. Esta visión impulsa una serie de cambios profundos en la estructura y lógica militar estadounidense que se tradujo muy pronto en un contexto discursivo militar dominante, llamado “Revolución en los Asuntos Militares” (RMA) (Caldwell y Lenoir, 2016), que influyó capilarmente en distintos ámbitos de nuestra vida cotidiana a raíz del trabajo de naturalización de “modelos de mundo” sobre futuros inciertos y amenazantes que vehiculizaron diversos textos de la cultura, desde el periodismo, pasando por los discursos políticos, hasta los productos de la industria del entretenimiento como películas, series y videojuegos. A partir de la noción de Grusin sobre “pre-mediación”, lo que señalan Caldwell y Lenoir es que luego del 11 de septiembre de 2001 se generó un “inconsciente afectivo que siempre está anticipando las amenazas del futuro” que busca inmunizar a las poblaciones ante el trauma del horror terrorista mediante la exposición virtual a realidades posibles.

La RMA surge en un contexto de recortes presupuestarios que justificaron la reducción de las escuadras de soldados y un acrecentamiento del uso de los recursos de la tecnología de la información, que demostraron su enorme potencial estratégico durante las guerras de 1990 (Operación Tormenta del Desierto y guerra de Kosovo) en torno a las posibilidades de la guerra a distancia. Asimismo, la RMA redefinió los tipos de amenazas a partir de las experiencias del 11 de septiembre, Iraq y Afganistán, e ideó medidas que contrarrestaran las amenazas no convencionales, como el entrenamiento de grupos reducidos de combatientes de tipo comando o “de élite”, misiles de largo alcance y ataques con aviones no tripulados.

Estos cambios en el modo de concebir y ejecutar la guerra dieron sustento a una retórica específica de lo eficiente, limpio, rápido, tecnológicamente preciso (“quirúrgico”), económico y humani-

tario (reducción de las bajas del bando atacante y de vidas civiles). Hoy nos resultan quizá naturales las imágenes cenitales de los satélites, las cámaras de acción montadas en artefactos, misiles o en los cascos de los soldados, el filtro verde de la visión nocturna o los nombres de fabricantes, armas o contratistas de la guerra que aparecen recurrentemente en distintos puntos de conflicto en todo el planeta. Lo que busca este artículo es mostrar cómo algunos elementos centrales de esa modelización de la guerra como algo deseable, natural y hasta entretenido encontraron en ciertos videojuegos bélicos un vector de naturalización de esta modelización de la realidad a partir de la guerra al terror, mediante una serie de tropos básicos que vertebran el orden retórico bélico en la actualidad.

Videojuegos y persuasión

Es extensa la historia de desarrollo de aplicaciones informáticas para el ejército, además de las relaciones entre la industria militar-industrial y la red mediática y de entretenimiento en EE. UU. (Dyer-Witthford y de Peuter, 2009, p. 101; Harrigan y Kirschenbaum, 2016). Los videojuegos constituyen un eslabón de esa cadena, funcional muchas veces al modelo de mundo implantado desde el ejército y, como es de suponer, adoptaron rápidamente la visión de la RMA tras la declaración de “guerra al terrorismo” en 2001. De hecho, “hasta aproximadamente 2006, los videojuegos comerciales podían ser vistos como espectáculo paralelo a la conducta contemporánea de la guerra, y miraron de hecho al pasado para inspirarse. Ahora son el verdadero espectáculo, que atrae y premedia el futuro” (Caldwell y Lenoir, 2016, p. 11).

Tal como hemos señalado en otro estudio (Molina Ahumada, 2015), la complejidad del videojuego radica en su capacidad de sintetizar y traducir sistemas codificantes (tales como el cine, la política y la literatura) para ofrecer formas inéditas de tratamiento de esa información según procesos de traducción digital que posibilitan “experimentar y experimentar” (Juul, 2013) situaciones específicas en ambientes virtuales. Según Juul, el efecto inmersivo e interactivo de los videojuegos posibilita a quien juega experimentar sin riesgo físico ni emocional los acontecimientos en un ámbito controlado por reglas y procedimientos (programados). La experiencia de morir o matar, por ejemplo, definitoria de la acción bélica, se traduce allí como experiencia que se visiona en el cuerpo de otro/a, le sucede al avatar, que es la figura bajo nuestro comandado que traduce nuestra voluntad de “actuar” (Murray, 1999) en ese mundo virtual. Nada afecta fatal ni definitivamente a

quien juega, pues todo está mediatizado para que suceda en el cuerpo y la vida del avatar.

Según Justo Navarro (2017), en el caso de los videojuegos bélicos de género de disparo en primera persona² nos encontramos incluso ante un “personaje-herramienta” para quien:

El arma no es una prolongación de su cuerpo, sino que su cuerpo es un complemento del arma. El personaje-jugador es parte del arma: un dispositivo que dispara para matar. También los enemigos a los que combate son herramientas o cosas que se interponen a los objetivos de la herramienta protagonista y deben ser eliminados. (Navarro, 2017, p. 5)

El pacto fundamental del género bélico de disparo, al menos en sus versiones comerciales, consiste en ofrecer a quien juega la garantía de que ninguna muerte será definitiva y que, tras una pausa, se podrá reaparecer en un punto de guardado inmediato anterior al de la muerte del avatar. Cobra relieve con esto una cuestión inquietante señalada también por Navarro (2017, p. 9): “Doy instrucciones que el ordenador obedece, aunque en realidad soy yo el que cumple las instrucciones de uso y el programa del juego: huir y matar enemigos”.

Ese margen de acción previsto por el juego (en tanto programa informático) que Janet Murray (1999) concibe bajo la noción de “actuación”, revela el modo en que la persuasión de este tipo de texto utiliza el lenguaje digital para imponer como natural e incuestionable el modelo de mundo del juego. Jugar implica obedecer el código (del programa y del mundo virtual generado en el programa) y, en ese punto, asumir como válidas la lógica y la extensión de ese “campo de guerra”. Si consideramos además las mutuas relaciones y solidaridades entre el texto videolúdico y otros textos fuera del juego, cobra visibilidad la complejidad del proceso que ha hecho del videojuego parte de un entramado discursivo e ideológico mucho más extenso y complejo.

Un hito fundamental en la relación guerra-videojuego puede rastrearse en la “Guerra del Golfo” (02/08/1990 al 28/02/1991), bautizada como “Video Game War” o “Nintendo War” por motivo de las cámaras de transmisión en vivo (algunas en la nariz de los misiles) que ofrecían por televisión y en tiempo real una perspectiva de la guerra en primera persona, similar a la del género de disparo

2 El género de disparo en primera persona o *First Person Shooter* se caracteriza por mostrar en pantalla solamente la punta del arma y eventualmente las manos de quien la empuña (el resto del sujeto no suele aparecer en el encuadre), generando la ficción de que la visión de los sucesos coincide en teoría con la mirada del propio protagonista. Esa focalización en primera persona contrasta con juegos de disparo en tercera persona (*Third Person Shooter*) en los que la cámara captura al personaje de espalda, con uso del medio plano o plano tres cuartos, y por lo general inclinado sobre alguno de los lados –derecho o izquierdo–. Existen otros juegos de tema bélico que adoptan un plano cenital o picado, como el género estrategia.

en primera persona que acabamos de mencionar.

Ian Bogost (2010) ha acuñado la noción de “retórica procedural” para aludir a los modos específicos en que la retórica de los videojuegos persuade con recursos que no son verbales ni exclusivamente discursivos, sino interfaces, reglas de funcionamiento y posibilidades habilitadas por el programa. Lo particular de esta forma persuasiva es, por una parte, construir en el mismo momento en que se comunica (varía, de hecho, según la información que el usuario introduce y el programa traduce como retroalimentación o “feedback” informativo); y en segundo lugar, porque quien juega participa activa y solidariamente en la construcción de ese modelo de mundo asumido como verdadero. No hay posibilidad, salvo elegir “salir del juego”, de evitar ser partícipe a la vez que artífice de ese modelo de mundo que es asumido, durante el lapso de la partida, como necesario. Próxima a la definición de “círculo mágico” que delimita para Huizinga (1972) el espacio de reglas y sucesos más allá del cual no hay juego, resulta altamente productiva la idea de un mecanismo persuasivo vehiculizado por la propia interacción y la retroalimentación informativa al calor del diálogo entre el programa y quien juega.

Por su parte, Jesper Juul (2013) plantea que los videojuegos proveen campos de experiencia y experimentación para situaciones específicas en un entorno de consecuencias emotivas controladas, en la misma línea de lo que Elías y Dunning (2016) consideran la potencia fundamental de las actividades recreativas en el proceso cultural humano: proporcionar “un escenario ficticio para hacernos sentir una excitación que imita de algún modo la producida por situaciones de la vida real, aunque sin los peligros y riesgos que ésta conlleva” (2016, p. 85). Si a esto sumamos la capacidad de los videojuegos de digitalizar la cultura y construir a partir de allí complejos mundos virtuales, puede dimensionarse quizá el enorme potencial de estos textos culturales para convertirse en territorios altamente persuasivos a la hora de hacer extensivas ciertas lógicas de modelización, más allá de las fronteras de ese mundo generado por procedimientos y código informático.

Espacios en guerra: la metáfora del coto de caza

La guerra al terrorismo alude a enemigos de rostro oculto, pero no se trata ciertamente de una amenaza deslocalizada, sino que actúa en lugares inciertos y momentos imprevistos, por lo que se hace necesario atender a todo el espacio planetario, todo el tiempo; o son lugares secretos, por lo que se

requieren sistemas de vigilancia y cartografías cada vez más precisas y detalladas. La construcción del “campo de guerra”, es decir, del espacio dentro del cual se confiere sentido a cualquier acto como “acto de guerra”, importa para el caso del videojuego porque el despliegue de una modelización para la experiencia realista a la vez que entretenida de la guerra requiere, para ser legible y convincente, suceder en determinado territorio. Según hemos señalado con Bartra, la construcción de mitos bipolares implica contraponer a los territorios del orden y la civilización, imágenes antagónicas de caos, desorden y barbarie. Esto es particularmente productivo en la modelización del espacio enemigo que efectúan algunos videojuegos y el modo en que articulan esa visión a partir del uso de elementos retóricos vertebradores de la RMA.

Un primer elemento a destacar es la metáfora de la “tierra salvaje”, que transforma lo desconocido en amenazante y el avance sobre el territorio en una tarea de conquista. Particular interés revisiten, por ejemplo, dos capítulos del videojuego *Call of Duty: Modern Warfare 2* (Activision, 2009), “Misión 5: Aterrizaje” y “Misión 6: El Avispero”, ambientados en una favela de Río de Janeiro. En medio de una compleja trama argumental que nos desplaza por todo el globo junto a equipos de élite de EE. UU. y Reino Unido, el grupo militar del que formamos parte realiza una incursión no autorizada (encubierta o “black op”) para capturar a un traficante de armas, Alex Rojas, conocido como Alex “el Rojo”, cuyo centro de operaciones está en la favela.

Los sucesos se inician *in medias res* de un procedimiento de vigilancia y persecución del traficante en Brasil. No hay ningún tipo de comentario o justificación de la presencia de fuerzas extranjeras actuando allí ni tampoco aparece durante el capítulo ningún representante de la Fuerza militar o policial brasilera: el espacio deviene un territorio disponible para el despliegue táctico y armamentístico de nuestro equipo y salvo por el hecho de que se trata de blancos móviles y humanos, todo pareciera estar dispuesto como en una *galería de tiro* o *coto de caza*.

Tras una brevísima cinemática que funciona como pórtico de entrada al campo de batalla, la zona urbana se despeja de civiles y con ello se autoriza, implícitamente, que todo lo que se mueva de allí en adelante es hostil y debe ser eliminado. El juego no permite reflexiones éticas ni dudas sino buenos reflejos y concentración en la puntería: o se dispara a los enemigos o se muere, quedando atrapado en un ciclo de reintentos hasta que se completa finalmente la misión o hasta que se abandona el juego.

La construcción del territorio “Favela” (y por extensión del territorio urbano latinoamericano) se origina entonces en este doble movimiento de vaciamiento de civiles (des-ciudadanización) y hostilización urbana, en una operación que concretiza el mito bipolar en ese espacio urbano concreto, matizado por innumerables clichés retóricos de color local: los atacantes se comunican en portugués, hay civiles jugando al fútbol al inicio del capítulo, los rasgos arquitectónicos de las casas en ladera, el día soleado y de aspecto caluroso tropical, la precariedad de los interiores de las viviendas como signo de la pobreza, el carácter laberíntico que otros textos cinematográficos, literarios y televisivos han cristalizado de la favela como espacio peligroso y pobre.

El resultado es la construcción de un campo de batalla simplista, de recorrido univiarario, dispuesto allí como mera secuencia de obstáculos que al igual que una galería de tiro, deben eliminarse sucesivamente. Además de naturalizar la relación entre pobreza y criminalidad, se alimenta la bipolaridad general de malignidades en oposición a la peripecia bienintencionada y eficiente de tropas comando, conectando como subsidiarios o socios del mal a todo este cordón periférico de contratistas o proveedores del Tercer Mundo (en la tercera entrega de la saga –2011– hay otra misión contra un traficante de armas llamado Waraabe en Sierra Leona).

La argumentación geopolítica que traza la secuencia de espacios que hilvana la peripecia heroica pone en situación de frontera a espacios distantes, como ser Rusia, Medio Oriente, Brasil. La persuasión no consiste en explicar demasiado esa situación, sino en mostrarla, entablar lazos apenas verosímiles por referencia a tópicos y lugares comunes (la favela y la ilegalidad, la violencia urbana latinoamericana, las tiranías africanas, la injerencia rusa contra la política exterior estadounidense y occidental) y sustentar así conexiones narrativas estereotipadas. Allí opera la retórica procedural: en el hecho de convencer acerca del modelo de mundo “favela criminal” al mismo tiempo que transcurre el frenético correr y disparar de la misión en la favela. Esa perspectiva geopolítica funciona para modelizar, parafraseando la hermosa metáfora de David Harvey (2007) de “geografías ocultas del capital”, para pensar las geografías ocultas de la guerra a través de esta red intrincada y sutil de conexiones imaginarias que el videojuego, a partir del terreno ya abonado por el cine y la televisión, se encarga de prolongar.

En el videojuego *Tom Clancy’s Ghost Recon Wildlands* (Ubisoft, 2017) nos encontramos con una narrativa política mucho más sutil para enmarcar esa modelización del espacio latinoamericana-

no, no ajena a los temas obsesivos y repetidos hasta el cansancio en la narrativa de Tom Clancy. En ese caso, ya no se trata solo del espacio hostil que debe ser atravesado a disparos, sino un territorio extenso que debe ser “recuperado” de las garras de El Sueño, líder narco que maneja los hilos de ese “narcoestado” en América del Sur que se revela en varias oportunidades como un símil de Bolivia, sin nombrarla. Basta ver la cinemática de introducción para comprender que lo que allí sucede ya es, si no legal, al menos legítimo bajo la lógica de la reconquista en nombre de la “democracia” y la “libertad”, en esa sutil inversión que trastoca cualquier invasión en rescate.

Transitar este territorio, familiar para quienes hemos visitado Bolivia, resulta una experiencia gratificante por la belleza de la modelización de los paisajes, pero perturbadora por la cantidad de opciones disponibles para actuar bélicamente en ese “mundo abierto” (como se conoce a este género de videojuegos, también llamado “sandbox”, “arenero”). El subtítulo del juego (“Tierras salvajes”) recupera, acaso sin saberlo, algunos de los *tópoi* con los que se ha caracterizado al espacio latinoamericano desde la Conquista: la selva y su capacidad semiótica para traducir un estado de naturaleza en tensión con el orden civilizado (Aínsa, 2006). A diferencia de otras sagas de juegos de aventura ambientados en territorios selváticos (*Far Cry*, *Tomb Raider* o *Uncharted*), esta entrega de la saga *Ghost Recon* modeliza el entorno natural para justificar, en línea con la RMA, la inconveniencia de la guerra regular y la adopción de tácticas y estrategias propias de la guerra de guerrillas o de contrainsurgencia. Surgen así posibilidades de alianzas estratégicas con actores locales; misiones de espionaje y ocultamiento; táctica de guerra de guerrillas; a lo que se suma el gradual mejoramiento de las aptitudes corporales, tecnológicas o de equipo de los combatientes por aclimatación a ese mundo virtual.

La extensa geografía que propone como espacio de juego *Ghost Recon Wildlands* se contrapone a la estrechez de la galería de tiro de *Call of Duty*, pero ambos representan campos de “actuación” disponibles para el ejercicio de la guerra. Resulta llamativo que en el caso de *Wildlands* la vida cotidiana transcurre a la par de las acciones militares y las bajas civiles pueden acontecer (en *CoD*, la muerte civil se penaliza con reinicio), lo que confiere mayor realismo a la sensación de estar intermediando en defensa del “pueblo” presente contra los “terroristas” locales y sus cómplices estatales.

La metáfora de las “tierras salvajes” latinoamericanas, sobre todo en *Ghost Recon*, sirve para

modelizar estas situaciones como algo distinto a un estado de guerra. La guerra, que representa un texto cultural convencionalizado y reglado para el ejercicio del poder y la dominancia (Foucault, 2010), materia de múltiples tratados (Sun Tzu, Vegecio, Carl von Clausewitz, entre otros) y convenios (Derecho Internacional Humanitario, Convenios de Ginebra), se diferencia radicalmente de esta imagen de cotos habilitados para el despliegue del poder cinegético (Chamayou, 2014), es decir, para la caza del hombre por el hombre. Como apunta Chamayou (2014, p. 9): “Toda caza se acompaña de una teoría de la presa que nos dice por qué, en virtud de cuál diferencia, de qué distinción, algunos pueden ser cazados y otros no”. La metáfora del territorio salvaje contribuye a eludir ese recorrido argumentativo al obturar la dimensión convencional de la guerra para mostrarla como lucha atávica contra la indómita naturaleza, traducida por estos videojuegos a experiencias más bien semejantes a las del deporte del safari o al turismo de aventura.

El combatiente que no combate

Hemos dicho con Jesper Juul (2013) que los videojuegos permiten experimentar y experimentar sensaciones en ámbitos seguros y controlados. De allí que hayamos podido decir que lo que habilitan estos espacios se parece a la experiencia del turismo ante cuyos ojos se dispone un escenario construido a partir de una retórica de clichés y lugares comunes. Sin embargo, tal como hemos apuntado antes con Navarro (2017, p. 5), no es ante nuestros ojos sino ante la punta de nuestra arma que ese mundo se despliega, generando la imagen de ser nuestro propio cuerpo digital apenas un complemento del arma.

Esta es una propiedad común y definitoria del género de disparo en primera persona (FPS) en cualquiera de las franquicias comerciales de tema bélico que se decida abordar (*Call of Duty*, *Battlefield*, *Ghost Recon*, *Medal of Honor*, *ArmA*, etc.). En todo videojuego de disparo, el arma es construida retóricamente no solo como la parte que remite al todo del combatiente, sino básicamente como metonimia de un complejo entramado de relaciones industriales que exceden el mundo del juego, pero se materializan precisamente en ese objeto de guerra que se empuña.

En torno al conjunto de armas elegibles durante el juego se revelan no solo los acuerdos comerciales específicos para publicidad y uso de marcas que las productoras efectúan con los fabricantes, sino también la trama más extensa y dilatada en el tiempo de colaboración entre la industria del

entretenimiento y la industria bélico-militar (Dyer-Witheford y De Peuter, 2009), lo que nutre no solo la red de solidaridades mutuas entre ejército, industria bélica e industria del entretenimiento, sino que hace plausible que cualquiera que juegue videojuegos bélicos conozca marcas, modelos, propiedades y ventajas/desventajas de armas concretas en el campo de batalla a partir de la información disponible en los juegos.

De hecho, si se analiza la aspiración mimética de algunas productoras de videojuegos desarrollando motores gráficos capaces de “simular” con el mayor grado de realismo posible las propiedades físicas y ambientales que puedan surgir en el campo de batalla a partir del conjunto de informaciones provistas por los fabricantes o asesores militares, cobra sentido el modo en que la aparición del arma en posición protagónica en la pantalla del juego del género disparo en primera persona referencia toda esta red comercial e industrial de instrumentos para matar.

Como hemos dicho, la RMA postula una actualización y potenciación de las armas con las tecnologías de la información y la comunicación aplicadas a la guerra, convirtiendo a quien combate en un nodo dentro de una red más extensa y multidimensional superpuesta al campo de batalla. El arma que se empuña representa entonces la cifra o parte de esa red compleja que reúne telecomunicaciones, ataques de precisión a distancia, apoyo de dispositivos y armas automatizadas, y telemando. Si a esta cohorte de recursos y dispositivos se agrega el hecho de que en la mayoría de las franquicias comerciales “morir” en el campo de batalla significa tan solo tener que recomenzar la partida desde algún punto de guardado inmediatamente anterior al momento en que “fracasamos” frente a un obstáculo, cobra dimensión el efecto persuasivo que logran generar los videojuegos a la hora de construir una imagen no solo soportable, sino entretenida y hasta estimulante de la guerra.

A nivel retórico, pensemos en el oxímoron que una saga como *Call of Duty: Modern Warfare* convierte en regla básica del juego: la imposibilidad de una muerte definitiva para quien combate en el lugar de protagonista.³ Es decir que la regla fundante de acceso a ese universo bélico es ser

3 Por supuesto, en la saga hay varios capítulos que representan la muerte del protagonista, con la intención de subrayar la visión patética y el compromiso empático con el punto de vista de la primera persona en escenas que son, básicamente, de agonía. Se trata de un recurso narrativo que no contradice la regla general que estamos señalando, pues claramente funciona allí para señalar puntos terminales en la peripecia de personajes a los que hemos acompañado en otras misiones pero que, por motivos ajenos a su voluntad y también a la nuestra, son muertos en combate. Nos referimos por ejemplo a los capítulos “Secuelas” de *Call of Duty 4: Modern Warfare* (2007); “Nada de ruso”, “Segundo sol” y “Cabos sueltos” en *Call of Duty: Modern Warfare 2* (2009); y “Turbulencia” en *Call of Duty: Modern Warfare 3* (2011).

un/a combatiente que no combate. La propia relación que une a quien juega con su avatar, cuestión que resulta compleja y sobre la cual hemos discurrido en otro estudio (Molina Ahumada, 2017), ya implica un retiro del cuerpo físico de quien juega en pos de esta traducción digital que efectúa el avatar como enlace al interior del mundo modelizado por el juego. A esto se superpone entonces que la supervivencia del avatar en cierto conjunto de juegos está garantizada incluso a costa de sacrificar la pretensión realista que se persigue, por ejemplo, con la minuciosidad en el catálogo de armas o en la precisión de la atmósfera del campo de batalla.

En cualquier guerra, todo participante activo de la contienda es considerado combatiente, pero la mecánica de guardado y reinicio de la partida en este y otros videojuegos bélicos traza una secuencia iterativa de muertes y resurrecciones que solo se interrumpe si se sale del juego. El daño que recibe el avatar, del cual se anoticia al jugador a través de un tono rojizo en la pantalla y el sonido de un jadeo entrecortado, se revierte en la mayoría de los casos si se busca cobertura y se evita seguir recibiendo daño durante unos segundos. Nada es definitivo ni fatal en ese campo de batalla, situación que contrasta con el hiperrealismo de la muerte de los oponentes y en el efecto que ejercen nuestras armas sobre ellos.

La metáfora del coto de caza y la potencia cinegética que resume la metonimia del arma se triangula entonces con el oxímoron del combatiente que no combate para construir, en conjunto, un sistema trópico complejo que alude al modo en que nuestra cultura contemporánea entiende la guerra, visión sumamente influenciada por la RMA y el modo de concebir lo bélico a partir de los atentados de 2001.

En *Call of Duty*, pero también en otras franquicias como *Battlefield*, *Medal of Honor* o *ArMA*, los avatares resucitan una y otra vez cuando mueren en combate, se recuperan en segundos del cansancio, no son interrumpidos por necesidades fisiológicas y no demuestran culpa, ansiedad, trastornos de estrés post-traumático ni cualquier otra secuela de guerra. Son una especie de cáscaras telecomandadas al servicio del entretenimiento y la empatía con una causa. Si sondeamos el sistema de la cultura en busca de otros textos culturales donde esta concepción de la guerra se haya materializado no hace falta recorrer mucho para encontrar en el Dron y la teoría del poder cinegético que lo sustenta un caso similar a la situación que proponen estas sagas comerciales.

Como apunta Chamayou (2016), el dron vino a resolver uno de los grandes problemas del des-

pliegue bélico imperial, como era el de lograr proyectar poder sin proyectar vulnerabilidad. Transformando el sentido mismo de la guerra tal como había sido plasmado en múltiples tratados que garantizaban iguales posibilidades de morir o ser matado, la guerra moderna preserva al soldado (occidental) retirando su cuerpo del campo de batalla y poniéndolo fuera del alcance de las armas enemigas, otorgándole al mismo tiempo poder absoluto de daño mediante el telemando de su arma. Como lúcidamente señala Chamayou (2016): “La guerra, todo lo asimétrica que se quiera, se vuelve absolutamente unilateral. Eso que aún podía presentarse como un combate se convierte en un puro matadero” (2016, p. 15), es decir, algo similar a un safari de caza.

Videojuegos como *Call of Duty: Modern Warfare* modelizan la realidad y naturalizan a través de esta triangulación retórica de metáfora, metonimia y oxímoron este lugar paradójico de quien puede hacer la guerra sin sufrir daño, experiencia que se sustenta en última instancia en el orden retórico que la doctrina militar estadounidense de “dominancia de espectro total” impuso a partir de 2001.

Consideraciones finales

Sara Ahmed (2015) concibe al miedo no como una sensación individual, sino como un efecto político de administración de las emociones que “pega” o adosa a ciertos cuerpos estereotipos que determinada cultura considera significativos. De esta manera, lejos de toda ontología que se empeñe en rastrear rasgos temibles en determinados sujetos, la perspectiva relacional de Ahmed reflexiona acerca del conjunto de condicionamientos políticos y las formas de la memoria cultural que hacen que en determinado momento ciertos rasgos sean atribuidos a ciertos cuerpos y devengan así “objetos de miedo”. El caso del terrorismo es buen ejemplo para indagar esta hipótesis, si pensamos en lo difusa e indeterminada que ha resultado esta categoría aplicada en diversas ocasiones a fenómenos que se afilian más bien a protestas sociales, reclamos de minorías étnicas o políticas, o manifestaciones de disidencia política. A quién temer y a quién odiar constituyen directrices de la política cultural de las emociones de algunos Estados contemporáneos, como EE. UU., directrices complementarias a las narrativas míticas bipolares que se erigen para lograr cohesión democrática (Bartra, 2007). Los discursos de la guerra abrevan y prolongan también estas narrativas de miedo y de odio bajo la forma de una retórica de figuras recurrentes, expresada casi sin variación en distintos textos de los asuntos militares, la economía, la política, la cultura, el entretenimiento y la vida cotidiana.

Los dos videojuegos que hemos analizado, ejemplos de franquicias comerciales de amplio margen de venta y consumo,⁴ demuestran las conexiones profundas entre textos lúdico-comerciales con todo un orden retórico de la cultura que ha transformado la guerra en materia y forma de vida cotidiana. La “New American Way of War” representa un orden retórico omnipresente que administra los modos de ser, estar, temer y odiar de nuestro tiempo, y lo hace precisamente a través de modos de persuasión que no se presentan como tales, como por ejemplo las formas del juego.

De este modo, quien juega videojuegos bélicos llega al campo virtual de batalla con un previo convencimiento y consentimiento sobre dos cosas: uno, lo que allí acontece es mimesis y prolongación de los relatos de lucha entre civilización y otredades amenazantes que proliferan en nuestro presente; y dos, esa lucha siempre estará a favor “nuestro”, pues nada puede infligir daño a un cuerpo que ha sido retirado del campo de batalla. Lo que sucede en el juego no es, estrictamente, una batalla sino un ejercicio de telecomando y caza, similar al que ejecuta un Dron volando a cientos de metros de altura mientras es comandado desde un pequeño cubículo de control en alguna base militar de EE. UU., a miles de kilómetros del campo de batalla.

Videojuegos como *Call of Duty: Modern Warfare* o *Tom Clancy’s Ghost Recon Wildlands* no representan una situación bélica más; traducen mediante código informático modelos de mundo que son eficientes para sostener la política de guerra contra el terrorismo como una lógica permanente y necesaria. Según Ian Bogost (2010, p. 46), son “juegos persuasivos” aquellos que montan retóricas procedurales eficientes, no a partir de la recreación del mundo, sino mediante la selección calculada de elementos de ese mundo para construir un sistema de entimemas anidados que el jugador literalmente completa con su interacción (2010, p. 43). Si uno lee con detenimiento ambos juegos y se interroga acerca de esta omnipresencia de los combatientes en lugares distantes del globo, no puede sino constatar que la amenaza del “terrorismo” está tan extendida que “tierras salvajes” son todas y de lo que se trata es, en definitiva, de una guerra convertida en único horizonte posible de

4 Solo por mencionar un caso, la saga bélica *Call of Duty*, distribuida por Activision, es una de las franquicias del género bélico más conocidas en todo el mundo, con más de 300 millones de unidades vendidas a marzo de 2019 según Vgchartz.com y aproximadamente 19.533 billones de dólares ganados por ventas a fines de 2019. Específicamente, *Call of Duty 4: Modern Warfare* vendió 18,91 millones de copias; *CoD: MW 2*, 25,02 millones y *CoD: MW 3*, 30,71 millones (datos a octubre de 2019). Si se consideran además las copias por piratería que fueron descargadas desde Torrent, según informa TorrentFreak.com, el número resultante es significativo: 830.000 descargas en 2008 de *CoD 4: MW*; 4,1 millones de descargas del *CoD: MW 2* hasta diciembre de 2009 –siendo el juego más pirateado de ese año–; y 3,65 millones de descargas del *CoD: MW 3* a diciembre de 2011 –segundo juego más pirateado de ese año–.

lo humano.

Sun Tzu afirma en su milenarísimo tratado que la guerra que se prolonga indefinidamente no es beneficiosa para nadie. ¿Podremos abandonar la iteración de guerra, muerte y más guerra que, como en un nivel de videojuego, ha venido a entramparnos en estas tierras salvajes?

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (Trad. C. Olivares Mansuy). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Aínsa, F. (2006). *Del topos al logos. Propuesta de Geopoética*. Madrid: Iberoamericana.
- Barei, S. (2008). Pensar la cultura: perspectivas retóricas. En S. Barei y P. Molina (Eds.), *Pensar la Cultura I* (pp. 9-25). Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica.
- Barei, S. et al. (2008-2012). *Colecciones Cuestiones Retóricas* (Vols. I-VII). Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-Universidad Nacional de Córdoba.
- Barei, S. y Molina Ahumada, P. (2015). Rhetoric Constructions. From Metaphor to Metaphoric. *Res Rhetorica*, 1, 34-42.
- Bartra, R. (2007). *Territorios del terror y la otredad*. Valencia: Pre-Textos.
- Bogost, I. (2010). *Persuasive Games. The Expressive Power of Videogames*. Cambridge-London: The MIT Press.
- Caldwell, L. & Lenoir, T. (2016). Wargaming Futures: Naturalizing the New American Way of War. En P. Harrigan & M. Kirschenbaum (Eds.), *Zones of Control. Perspectives on Wargaming* (pp. 253-280). Cambridge-London: The MIT press.
- Chamayou, G. (2014). *Las cacerías del hombre. Historia y filosofía del poder cinegético* (Trad. G. Casanueva & H. Soto). Santiago: Lom Ediciones.
- Chamayou, G. (2016). *Teoría del Dron. Nuevos paradigmas de los conflictos del siglo XXI* (Trad. L. Eiff). Barcelona: Futuro Anterior Ediciones-NED.
- Dyer-Witheford, N. & De Peuter, G. (2009). *Games of Empire. Global Capitalism and Video Games*. Minneapolis: The University of Minnesota Press.
- Elías, N. y Dunning, E. (2016). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (Trad. P. Jiménez). México: Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. (2010). *Defender la sociedad* (Trad. H. Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- González Rodríguez, S. (2014). *Campo de guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Harrigan, P. & Kirschenbaum, M. (2016). *Zones of Control. Perspectives on Wargaming*. Cambridge-London: The MIT press.
- Harvey, D. (2007). Los espacios del capitalismo global. *Espacios de crítica y producción*, 35 (agosto), 20-32.
- Huizinga, J. (1972). *Homo ludens* (Trad. E. Imaz). Madrid: Alianza.
- Infinity Ward. (2007). *Call of Duty 4: Modern Warfare*. EE. UU.: Activision.
- Infinity Ward. (2009). *Call of Duty: Modern Warfare 2*. EE. UU.: Activision.
- Infinity Ward & Sledgehammer. (2011). *Call of Duty: Modern Warfare 3*. EE. UU.: Activision.
- JCOS. (2000). *Joint Vision 2020*. Washington DC: CJCS. Recuperado de <http://www.dtic.mil/docs/citations/ASegúnDA377926>
- Juul, J. (2013). *The Art of Failure*. Cambridge and London: The MIT Press.
- Kohan, M. (2014). *El país de la guerra*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Leunda, A. (2013). Retórica de la cultura en América Latina: perspectivas para pensar debates vigentes. *Revista Latinoamericana de Retórica*, 1(1), 1-21. Recuperado de [http://www.revis-taretorica.org/index.php?journal=rlla&page=article&op=view&path\[\]=18](http://www.revis-taretorica.org/index.php?journal=rlla&page=article&op=view&path[]=18)
- Lotman, I. (1982). *La estructura del texto artístico* (Trad. V. Imbert). Madrid: Istmo.
- Lotman, I. (1996a). Acerca de la Semiosfera (Trad. D. Navarro). En Autor. *La Semiosfera I* (pp. 21-42). Madrid: Cátedra.
- Lotman, I. (1996b). La semiótica de la cultura y el concepto de texto (Trad. D. Navarro). En Autor. *La Semiosfera I* (pp. 77-82). Madrid: Cátedra.
- Lotman, I. (1996c). La Retórica (Trad. D. Navarro). En Autor. *La Semiosfera I* (pp. 118-142). Madrid: Cátedra.
- Molina Ahumada, E. P. (2015). Los juegos de la ficción. Del mito al videojuego. En S. Barei et al. (Eds.). *Seminario de Verano III: El hombre y los mundos de ficción* (pp. 145-172). Córdoba: FL-Universidad Nacional de Córdoba.
- Molina Ahumada, E. P. (2017). La semiótica de la cultura y el enlace héroe/jugador en el video-

juego. *Luthor*, 32, VII. Recuperado de <http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article167>

Murray, J. (1999). *Hamlet en la holocubierta. El futuro de la narrativa en el ciberespacio* (Trad. S. Pajares). Barcelona: Paidós.

Navarro, J. (2017). *El videojugador. A propósito de la máquina recreativa*. Barcelona: Anagrama.

Tzu, S. (2008). *El arte de la guerra* (Versión de Thomas Cleary. Trad. Alfonso Colodrón). Madrid: Edaf.

Ubisoft Paris & Ubisoft Milan. (2017). *Tom Clancy's Ghost Recon Wildlands*. Francia: Ubisoft.

Sobre los autores

Silvia N. Barei

Doctora en Literaturas Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina). Presidenta de honor de la Asociación Argentina de Retórica desde su creación. Se desempeña como Docente de posgrado en la Universidad Nacional de Córdoba y Universidades del país y del extranjero. Fue Decana de la Facultad de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba (período 2008-2013) y Vicerrectora de dicha Universidad (período 2013-2016). Ha publicado numerosos libros teóricos de su especialidad entre los cuales puede mencionarse *Literatura e Industria Cultural* (Córdoba: Editorial Alción, 1988. Primer Premio Ensayo, Fondo Nacional de las Artes); *Borges y la crítica literaria* (Madrid: Editorial Tauro, 1999); *Reversos de la palabra* (Córdoba: Ferreyra Editor, 2005); *Pensar las culturas: perspectivas retóricas* (Córdoba: Grupo de Estudios de Retórica-UNC, 2008); *Culturas en conflicto* (Córdoba: Ferreyra Editor, 2012). Ha publicado seis libros de poemas y de 2020 es su libro *Nosotras* (Córdoba: Editorial Alción). Sus poemas y ensayos figuran en revistas nacionales e internacionales, sitios web y revistas de creación.

Correo electrónico: sbareiberrueta@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4049-299X>

Graciela Marta Chichi

Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA, 1997, Argentina), con estudios de doctorado en la *Ruprecht-Karls Universität-Heidelberg* (Alemania) durante una estancia de investigación financiada por el *Deutscher Akademischer Austauschdienst* (DAAD). Es Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina), Profesora Titular ordinaria de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Subdirectora del Centro de Investigación en Filosofía (CIEFI; IdIHCS-UNLP-CONICET). Fue Vicepresidenta de la Asociación Argentina de Retórica en dos períodos consecutivos (2010-2013 y 2013-2016). Entre sus publicaciones: La técnica aristotélica de discusión de *Los Tópicos* (En G. Damschen, R. Enskat & A. Vigo, Eds., *Platon und Aristoteles –sub ratione veritatis. Festschrift für Wolfgang Wieland zum 70. Geburtstag*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2003, 207-230); El papel de la emoción en el argumento: la refutación por la vergüenza en el *Gorgias* de Platón (En H. Beristáin y G. Ramírez Vidal, Comps., *Ensayos sobre la tradición Retórica. Colección Bitácora de Retórica*, 24. México: UNAM, 2009, 35-55); The Greek Roots of the Ad Hominem-Argument (*Argumentation*, 16, 3, 2001, 333-348); Die schopenhauersche Eristik: ein Blick auf Ihr aristotelisches Erbe (*Schopenhauer-Jahrbuch für das Jahr*, 83, 2002, 163-181); El tratamiento aristotélico de la “diabolé” en la *Retórica* entre la

primera reflexión retórica (*Kléos*, 15, 2011, 27-51); La indagación (*exetastikòn eidos*) según *La Retórica a Alejandro (Papers on Rhetoric*, 13, 2016, 113-129).

Correo electrónico: gchichi@isis.unlp.edu.ar

Ernesto Pablo Molina Ahumada

Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina). Es Docente-Investigador en la Facultad de Lenguas y en la Facultad de Filosofía y Humanidades de dicha Universidad. Ha sido Becario de doctorado y posdoctorado de SECyT-UNC y del CONICET. Como Investigador, integró entre 2002 y 2015 el equipo de investigación acerca de “Retórica de la Cultura” dirigido por la Dra. Silvia Barei (UNC) y, desde 2014, dirige y codirige equipos acreditados sobre temáticas vinculadas a la crítica literaria, cultura digital y crítica de videojuegos. Fue Vicepresidente de la Asociación Argentina de Retórica durante 2016 y 2017, y Presidente en el período 2018-2019. Entre sus publicaciones podemos destacar: *Elogio de la derrota. Héroes del fracaso en Luis Mateo Díez* (Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades-UNC, 2009); *Retórica y videojuegos* (En S. Barei, Ed., *La Cultura y sus retóricas. Miradas interdisciplinarias*. Córdoba: UNC-UNVM, 2017); *Retórica de lo heroico en la cultura contemporánea. El héroe como tropo cultural y sistema de paso* (*Rétor*, 5, 1, 2015, 38-64); *Rhetoric constructions. From metaphor to metaphoric order* (en coautoría con Silvia Barei; *Res Rhetorica*, 1, 2, 2015, 34-42); *Jugar a la guerra: retórica y política en videojuegos bélicos* (*Question*, 54, 2017, 83-98). En 2005 fue galardonado con el Premio de la Academia Argentina de Letras.

Correo electrónico: pablomolina@unc.edu.ar

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-2992-6208>

María Alejandra Vitale

Doctora en Lingüística por la Universidad de Buenos Aires (UBA, Argentina), donde se desempeña como Profesora Titular Regular e Investigadora del Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL). Directora de la revista *Rétor* de la Asociación Argentina de Retórica, de la que fue Presidenta en dos períodos consecutivos (2010-2013 y 2013-2016). Preside la Organización Iberoamericana de Retórica (OIR) y fue Presidenta de la Asociación Latinoamericana de Retórica. Ha participado y participa en proyectos de investigación radicados en la UNAM (México), la UFMG, la UESC y la UNICAMP (Brasil). Dirige un convenio de colaboración entre la Universidad de Chieti-Pescara (Italia) y la FFyL, UBA, y ha dirigido un proyecto de colaboración entre el MINCyT y el National Research Foundation, República de Sudáfrica. Es Codirectora de la Maestría en Retórica y Argumentación, Universidad Nacional de Tucumán. Algunas de sus publicaciones: *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina* (Buenos Aires:

EUDEBA, 2015); *Rutinas del mal. Estudios discursivos sobre archivos de la represión* (Buenos Aires: EUDEBA, en prensa); Legitimizing leadership: Argentine President Cristina Fernández de Kirchner's 2007 inaugural address (*Rhetoric Society Quarterly*, 45, 3, 2015, 250-263); Función persuasiva de la ironía en un archivo de la represión argentina (*Discurso y Sociedad*, 14, 1, 2020, 87-106).

Correo electrónico: alejandravitale@filo.uba.ar

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-2746-4070>